

CORRESPONDENCIA

CHINA

A través de la Mandchuria

Esta Misión, cuyo territorio es dos veces mayor que Francia, se halla situada entre la Mongolia y el mar Jónico, al extremo del continente asiático. Nuestros lectores leerán con gusto la siguiente interesante relación que sobre la misma se sirve enviarnos el Rdo. Marchaud, archipreste de Delle, diócesis de Besançon. Evangelizan la Mandchuria veinticinco misioneros europeos y ocho sacerdotes indígenas: el número de residencias, con iglesia ó capilla, es de cincuenta, contándose además ciento veinte cristiandades secundarias que los sacerdotes visitan con regularidad.

I.—EL PAÍS

Aspecto.—Flora.—Fauna.—Cultivo.—Habitación.—Ciudades.

LA Mandchuria ocupa el Nordeste del Imperio chino. La separan de Siberia el caudaloso río Sakhaliey ó Amor y su afluente el Ussuri, y la limitan al Sud los golfos formados por el mar Amarillo: al Sudeste montañas, desiertos y líneas de estacas marcan los límites de la Corea, mientras que al Este está bañada por el mar del Japón; al Oeste desde muy lejos se divisa ya la elevada cordillera del gran Khingan de Mongolia.

Otra cordillera mucho más alta, la Chanalín, recorre la Mandchuria del Nordeste al

Sudeste. Tienen sus más encumbradas cimas tres mil seiscientos metros: los chinos la designan con el nombre de «larga montaña blanca» á causa del brillo de sus rocas calcáreas y de su diadema de hielo.

Está dividido el país del Este al Oeste por dos vertientes que echan sus aguas por el Norte en el Amor, y en el mar Amarillo por el Sud; los dos principales ríos, cada uno de los cuales sigue una pendiente distinta, son el Nonni ó Sumgari y el Chara-muren ó Liao-ho. Despléganse sus valles en inverso sentido formando una semicircunferencia de notable regularidad: entre los dos valles hay un montecillo ó mejor terraplén formado por una tierra amarilla, en la que se destacan algunos pantanos.

El Norte de la cuenca del Nuni es montañoso. En el

Año II.—N.º 45



punto culminante del camino que lo cruza hay un templo buddista, al cual acuden de muy lejos los idólatras á depositar sus ofrendas; los guardianes de este templo se han impuesto la obligación de guiar al viajero á través de los senderos peligrosos. Los habitantes consideran las montañas como divinidades titulares del país; y están persuadidos que dan más estabilidad, tanto al suelo, por la presión que sobre él ejercen, como á la raza, asegurándole su dominación por una misteriosa influencia.

El Sungari (Flor de leche), así llamado por razón de sus blancas aguas, es como un mar sembrado de islas; en ciertos lugares tiene dos kilómetros de anchura: manadas de patos silvestres y de cisnes encuentran allí refugio; las barcas se extravían con asombrosa facilidad en el seno de ese dédalo. «En las orillas del río extiéndense vastas praderas, levántanse las hierbas á tres metros de altura y llegan á confundirse con el follaje de los arbustos. Las pendientes de casi todas las montañas del Norte de la Mandchuria son verdes hasta la cima: cubren los bosques los valles intermedios, y las encinas, los olmos y los sauces adquieren suficiente altura para que el viajero pueda andar largas horas bajo su sombra sin ver un rayo de sol á través de la espesa techumbre de sus hojas. Desde algunas cimas contéplase un mar de verdura extendiéndose á lo lejos de va-



SEYID-HAMED-BEN-SWENI, sultán de Zanzíbar. (Pág. 502)

lle en valle, de montaña en montaña hasta confundirse con el horizonte. Lo exuberante de la vegetación en ciertos lugares es extraordinaria.

Son aún muy numerosos en la Mandchuria los animales salvajes: las panteras se esconden en la espesura, y el tigre real, cuyo cuerpo llega á medir tres metros, no cesa de recorrer la comarca y de atacar á los indígenas en las mismas calles de sus villorrios... Los lobos son peligrosísimos: los jabalies, los osos, las zorras, los gatos monteses, los gamos, los ciervos, las ardillas, los antílopes y las martas abundan en ciertos distritos... Las corrientes son muy ricas en vida animal, y poblaciones enteras se mantienen de la pesca (1).»

(1) RECLUS, *Nouvelle Géographie Universelle*.

La Mandchuria Meridional presenta distinto aspecto.

«Un clima templado y la fertilidad de sus campos asegúranle una gran diversidad de productos agrícolas. Los chinos crían cerdos, y cultivan, entre otros productos, las maderas amarillas que les sirven para preparar el aceite comestible.» Las adormideras, de donde se saca el opio, el tabaco, los gusanos de seda, el *zinsenz*, raíz cuyos efectos reconstituyentes son maravillosos, las destilerías del aguardiente de sorgo, el lavado del oro que ocupa más de treinta mil individuos, las minas de carbón y de hierro son manantiales de riqueza para la comarca.

El Rdo. P. Sandrin, nacido en Delle (Alto Rhin) y misionero de la Mandchuria hace siete años (*V. el grabado de la pág. 485*), nos da algunos detalles muy interesantes, referentes al sistema de cultivos que se emplean en su Misión.

«La labranza de las tierras hácese por surcos separados de quince á veinte centímetros; á más del trigo cultivase el mijo, el sorgo y el maíz: con todo, de estos últimos sólo se cosecha lo exclusivamente necesario para el consumo de las familias, mientras que el trigo es exportado en grandes cantidades á otras provincias. Hacen los chinos gran consumo de harina, pero sólo en ocasiones solemnes, los días de fiesta: con todo, no comen pan, sino que preparan la harina formando una especie de pasta, amasada con aceite. Cada comarca difiere en el modo de preparar la pasta, pero nunca la hacen fermentar. La base de su alimentación, y que para ellos reemplaza el pan, es el arroz, ó el sorgo, ó el maíz, ó el mijo cocido, según las regiones. En este país, por ser muy frío, no se puede cultivar el arroz: siémbrese poco sorgo relativamente, porque de ordinario no llega á sazonar; el tallo lo reservan para leña, y el grano reemplaza á la avena, enteramente desconocida en la Mandchuria.

«Mi nueva residencia (A-che-heu), la forman llanuras y montañas, y el terreno es muy variado: en el llano constituye el suelo una espesa capa de tierra negra; en las montañas vale poco el terreno, pero los valles son muy fértiles. Desgraciadamente los chinos empiezan á desbrozar las faldas de los montes, y así sucede que en la estación de las lluvias transfórmanse los valles en pantanos ó quedan convertidos en llanuras de arena y piedras. Así vuélvense impropios para el cultivo, y el país no puede alimentar á los habitantes, no quedándoles á éstos otro recurso que emigrar hacia el Norte y buscar, en bosques y valles incultos, medios con que sostener su miserable existencia. Basta que sea escasa la cosecha para que en invierno se cubran los caminos de carretas llenas de infelices, que no pudiendo vivir en su país, vienen al nuestro, no para hacer fortuna, sino para no morir de hambre.

«Algunos, sin embargo, han tenido feliz resultado, y puedo citar como ejemplo la principal de nuestras familias cristianas: cuando el padre se vió obligado á emigrar unos cuarenta años ha, no poseía nada absolutamente, el país estaba yermo, casi inhabitado; instalóse en él, labró el terreno, y ayudándole sus hijos, hizo rápida fortuna. Mas hoy día este territorio está entera-

mente ocupado, y para hallar tierras que no pertenezcan á nadie, es preciso ir más al Norte ó al Este, á cincuenta ó sesenta leguas de aquí.»

En esta misma carta nos da cuenta el misionero de la manera como se hacen las construcciones en la Mandchuria.

«Una vez los cimientos llegan al nivel del suelo, levántase el armazón ó esqueleto de la casa, y la obra de carpintería que descansa sobre columnas: hecho esto, se construyen los muros: las casas sólo tienen bajos, la techumbre es á veces llana, ligeramente inclinada para que se escurra el agua cuando llueve.»

La residencia de los Padres dista mucho de ser un palacio. «Es una casa vieja, dice, medio arruinada y agrietada por todos lados: el año último el deshielo ocasionó el desplome de la mitad del muro de la parte del Norte: procuróse luego tapar el hueco de la mejor manera posible, pero no por esto se confía arreglar el otro trozo de pared, lleno de grietas, y que según todas las probabilidades se arruinará en el próximo deshielo. ¡Que Dios nos asista! En este país todas las residencias de misioneros tienen el suelo de ladrillos, debajo de los cuales hay unos conductos para que circule el humo y el calor. Los chinos no conocen los hornillos, que por lo demás serían completamente inútiles, pues en invierno es preciso tener fuego continuamente. Con los ladrillos y los conductos del calor la temperatura se mantiene invariable, y en los aposentos no hay que temer la helada. El hogar hállase en el exterior de la casa ó en uno de los extremos del aposento, y caliéntanse desde fuera para evitar el humo.»

Si esta combinación preserva del humo no así de los incendios, como lo prueba el que en el mes de Enero de 1892, comunicose el fuego por una rendija á una de las vigas maestras, y poco faltó para que el buen Padre muriese abrasado.

En la obra anteriormente citada de M. Reclus, leemos las siguientes noticias referentes á las principales ciudades.

En la orilla del Amor, Aigún ocupa una extensión de nueve kilómetros, comprendiendo sus arrabales y jardines.

Un poco más abajo, en Mergen, las tribus indígenas acuden á pagar un anual tributo de cinco mil quinientas pieles de martas cibelinas.

Algo más al Sur, en un valle del alto Sungari, hállase Girin, capital de una de las tres provincias de la Mandchuria, situada en posición admirable, en el centro de un anfiteatro de altas colinas cubiertas de árboles: la ciudad está embalsada completamente con troncos cortados ó tablas: su población asciende á 120,000 almas.

En la vertiente meridional Mukden, la ciudad santa, igual á Pekín en categoría administrativa, está situada entre campiñas muy fértiles pero completamente desprovistas de árboles. En sus calles menudean las tiendas, ante las cuales la muchedumbre de paseantes forma, de la mañana á la noche, una no interrumpida procesión. Mukden, país originario de los actuales emperadores, cuenta 180,000 habitantes.

«Al Sud de Mukden el camino del litoral pasa por una región muy poblada, en la cual hay muchas ciudades. Liaoyang vese desde lejos rodeada de murallas y dominada por su alta pagoda; esta ciudad es una antigua capital, célebre en la actualidad por sus fábricas de muebles y de ataúdes.»

Finalmente: en la embocadura del Liao-ho hay el puerto de Yinkoa ó Yingtzé, el cual exporta especialmente algodón, sedas crudas, cáñamo, aceite de guisante y carbón mineral. Yingtzé es residencia episcopal.

II.—LOS HABITANTES

Raza. — Costumbres. — Religión

Descienden los mandchures de la numerosa familia de los tártaros-fineses, de la cual en el siglo IV salieron los hunos, en el VI los búlgaros, en el IX los húngaros; y los turcos, los mongoles y los tunguses en otros siglos posteriores.

«Aun hoy distingúense por su cortesía y amabilidad para con los extranjeros. Los habitantes del Norte son alegres, resueltos, valientes, y se distinguen por la prontitud con la cual se asimilan las ideas de otros y se adaptan á los usos y costumbres de aquellos con quienes viven (1).»

Taitsu, jefe de uno de los pueblos primitivos que ocuparon la comarca, vencedor de todos sus vecinos, proclamó la igualdad de todos sus súbditos, dándoles el nombre de mandchures. En 1644 este pueblo hallándose con fuerza suficiente, emprendió la conquista de la China, en donde desde 1668 dominaba la dinastía de los Ming: expulsó esta dinastía, reinando desde aquella época en Pekín príncipes originarios de Mandchuria, convertida desde entonces en provincia china, la decimano del Imperio: actualmente cuenta doce millones de habitantes bajo la jurisdicción de tres gobernadores, con una extensión territorial casi doble que la de Francia.

La constante inmigración de chinos tiende cada día más á modificar el carácter de los habitantes: como consecuencia de la mezcla de razas es cada día mayor el parecido entre los forasteros y los indígenas; el bello y armonioso idioma nacional va desapareciendo para ceder su lugar al chino.

Los chinos procedentes del Chansi desempeñan en Mandchuria el mismo papel que los judíos en nuestros países: hácense comerciantes, buhoneros, tenderos, establecen casas de préstamos y bancos, terminando así por apropiarse las riquezas del país. En algunas regiones constituyen los musulmanes la tercera parte de la población.

Sabido es que la Mandchuria es para el Celeste Imperio lo que la Siberia para Rusia, un lugar de destierro. En efecto, á los bosques y llanuras del Norte llevan la mayor parte de los procesados por delitos políticos. En 1870 había tres mil de ellos, que podían trabajar en libertad, con la condición de presentarse á la lista una ó dos veces al mes.

Entre todos los mandchures, los que mejor conservan sus costumbres antiguas son los solones. Estos no adoran á Budda, y no tienen otros sacerdotes que los chamanes,

(1) Reclus.

que hacen sus exorcismos y sortilegios al rededor de las chozas sagradas. Queman sus muertos y ponen sus cenizas en sacos de piel que atan en las ramas de los árboles, dejándolos á merced del viento.

Tres religiones se profesan en la China: la de Confucio, el taoísmo y el buddismo. Paréceme que no será del todo inútil señalar sus principales caracteres (1).

Confucio (Kong-fu-tzé) nació el año 551 antes de Jesucristo. En aquella época la China estaba dividida en infinidad de Estados pequeños, en los cuales reinaba la tiranía y la corrupción más desenfadada. Confucio comprendió la tarea de reformarlos: poco escuchado durante su vida, adquirió gran celebridad después de muerto; su doctrina fué declarada verdadera, y tributáronle honores divinos.

Más que todo, Confucio es un moralista que trabaja para corregir las costumbres: quiere que sean buenos y sabios los príncipes, y morigerado el pueblo. Toda su moral se funda en los deberes mutuos entre padres é hijos, entre superiores é inferiores.

Admite la existencia de los espíritus celestes; habla del cielo; pretende que éste le inspiró su empresa, y dice que el cielo es quien fija nuestro destino; poco más se extiende en lo que á Dios se refiere.

Una religión que casi carecía de ceremonias exteriores, no podía popularizarse.

En la época en que Confucio empezó sus peregrinaciones, vivía un filósofo llamado Kao-tsé. Si el primero fijaba toda su atención en la práctica de los deberes, el segundo daba la preferencia á la explicación del origen de los seres. Tienen sus teorías algo de nebuloso y sutil que recuerda las divagaciones de los filósofos alemanes del principio de este siglo.

Aconseja á sus discípulos reflexión y tranquilidad de espíritu para llegar al conocimiento de la verdad. Tomó su religión el nombre de *taoísmo*, de *tao*, nombre con que designaba al principio eterno de los seres ó sea á Dios.

Sus discípulos modificaron considerablemente su doctrina, añadiéndole gran número de prácticas supersticiosas: distribuyen entre el pueblo imágenes extravagantes, y emplean todos los medios posibles para lograr se crea en su poder: conviértense en saltimbanquis, ejercítanse en pasar por el fuego, en tragarse sus armas y en provocar apariciones.

Sería harto difuso hacer una descripción de la famosa religión de Budda.

Nació éste el siglo V antes de Jesucristo. Su verdadero nombre es Cakya-Muni y era hijo de un rey de las Indias. Su vida fué un tejido de maravillas; quiso dedicarse á mejorar el linaje humano, practicó las penitencias mas austeras, fué arrebatado en éxtasis y convirtiéndose en budda, esto es, iluminado. Predicando constantemente se atrajo numerosos discípulos, fundó monasterios, y acabó por morir de una indigestión. Tal es la leyenda.

El Buddismo no tiene más que un fin: el de librar á la humanidad de los males que la oprimen, y para esto en-

(1) Referente á las religiones que se profesan en China pueden consultarse las obras de Mons. Harlez.

seña á los hombres la práctica de la virtud, la represión de los malos instintos y el desapego á los bienes de la tierra.

Según esta doctrina el mundo es eterno, el hombre después de la muerte vuelve á aparecer bajo forma nueva, pasa por diferentes transformaciones y acaba por ser absorbido en el *nirvana* por la substancia del sér universal.

Los discípulos de Budda son seglares ó religiosos, Los primeros están sujetos á los preceptos generales de la moral: los otros viven sometidos á severa disciplina y habitan comúnmente en monasterios, de los cuales salen únicamente para ir á recoger limosnas, guardando el más completo silencio. Cubiertos de harapos recogidos por las calles, deben abstenerse de los placeres de los sentidos, meditar y predicar, observar frecuentes ayunos y perpetua abstinencia.

La regla es ésta: la práctica ya es otra cosa. Estos religiosos ó bonzos son en general estúpidos y holgazanes: mañana y tarde se reúnen en torno de su ídolo para dirigirle súplicas, y empiezan por despertarle con el sonido del tambor. Su vida es disoluta, y saben á las mil maravillas sacar dinero del pueblo. Los ricos les llaman para los sortilegios y funerales, y nadie puede obtener gracia del rey de los infiernos si no tiene un pasaporte comprado á buen precio á los bonzos.

«En verdad, escribe Mr. de Harles, la inmensa mayoría de los chinos nunca dirán: Yo soy buddista ó taoísta. El chino generalmente no profesa ninguna religión particular. Va al templo en ciertas épocas á honrar y presentar ofrendas al espíritu ó ídolo, al cual profesa especial veneración.»

Los misioneros católicos de la Mandchuria no son molestados por los mandarines ni por el pueblo. «Nadie trata de hostigarnos, dice el P. Sandrin: podemos viajar por las ciudades y por las campiñas en pleno día sin que nadie se meta con nosotros.

«A nuestros cristianos ni se les roba ni se les queman las viviendas como sucede en el Sud de la China.»

A veces, sin embargo, á causa de su cualidad de extranjeros, la Administración les suscita algunas dificultades.

En 1890 un Padre había comprado el terreno necesario para la construcción de una iglesia. Todo el territorio en la China es considerado como propiedad del emperador, y nadie puede comprar ni vender cualquier parte de él sin el permiso de sus agentes. El vendedor fué denunciado; el proceso, instruido primero por el mandarín local, fué luego juzgado por el mandarín superior, llevado ante el tribunal del gobernador, y en todas partes se culpó al misionero, cuyos derechos están, sin embargo, reconocidos por los tratados de paz.

Decidióse á andar las ciento cincuenta leguas que le separan de Ying-tzé, para dar conocimiento de ello al señor Obispo. Su Ilustrísima avisa al consul francés, éste se dirige al cónsul de Francia en Pekín, y finalmente se hizo justicia al Padre.

La fe se extiende difícilmente en la Mandchuria. En otros países, con los servicios que prestan á los enfermos, logran los misioneros introducirse en las familias

paganas; mas aquí los indígenas miran á los misioneros como diablos que arrancan los ojos de los niños para confeccionar remedios.

Una carta posterior del P. Sandrin, nos da noticias de la administración eclesiástica en este vicariato.

«Actualmente, dice, empiezo una nueva vida; heme aquí solo y encargado de la dirección de una parroquia. Antes tenía á mi lado un compañero, de quien yo era, por decirlo así, su vicario; juntos habíamos pasado tres años compartiendo las tristezas y alegrías. Mas ¡ay! la helada mano de la muerte llevósenos el año último á dos de nuestros hermanos con pocos días de intervalo. Era preciso reemplazarlos, y no teniendo el Obispo otro á quien elegir, pues somos muy poco numerosos, me envió á otra residencia. Mi querido compañero queda solo por estas montañas, esperando que su ilustrísima le envíe un nuevo hermano recientemente llegado de Francia. Por lo que á mí hace, tomé el camino del Norte, y después de un viaje de diez días llegué aquí para continuar los trabajos de un misionero antiguo, á quien el Obispo mandó hacia el Sud para reemplazar á otro de los que murieron el año último. Aquí estoy, pues, completamente solo, mi compañero más cercano encuéntrase á quince leguas hacia el Norte.

«Las cristiandades están, generalmente, muy distantes unas de otras; al venir aquí hemos caminado tres largas jornadas sin hallar un solo cristiano; en una extensión de cincuenta leguas de Sud á Norte, no hay más que paganos; las tres grandes ciudades por donde hemos pasado no cuentan ni un solo cristiano. En los alrededores de mi residencia, los cristianos llegan todo lo más á ciento veinte ó ciento treinta; al Este, en las montañas y en cosa de dos leguas y media cuéntanse unos ciento sesenta, comprendidos en mi distrito: á doce leguas al Nordeste hay la ciudad de Pin-tcheu que contiene cien cristianos que son igualmente mis ovejas. Añadid algunas familias desparramadas por las montañas, en un radio de seis ó siete leguas, y tendréis la totalidad de fieles que componen mi parroquia. De aquí á la residencia de mi compañero más próximo no se cuenta una sola familia cristiana en una extensión de quince leguas.»

Los misioneros dedícanse hoy con el mayor celo en levantar una modesta iglesia; los cimientos están ya echados, pero faltan recursos para terminar el resto; la más modesta limosna de los lectores de estas noticias será acogida favorablemente.

AMÉRICA MERIDIONAL

La nueva Misión de Nuestra Señora de la Candelaria en la Tierra del Fuego.—Estación provisional.—Instalación de la nueva Misión.

El Rdo. P. José M.^a Beauvoir, misionero salesiano, escribe desde el Río Grande de la Tierra del Fuego, el 14 de Diciembre de 1893, al Superior general Sr. D. Rua:

FINALMENTE, después de innumerables sacrificios y de casi siete meses pasados peor que los hebreos en el desierto, llegamos al sitio designado por nuestro muy amado prefecto apostólico D. José Fagna-

no para implantar la nueva Misión Salesiana de Nuestra Señora de la Candelaria.

Difuso sería describir con sus pormenores la larga serie de peripecias que sin interrupción se sucedieron en este largo tiempo, haciéndonos sufrir Dios sabe cuánto. El infierno, previendo tal vez el inmenso bien que la nueva Misión habrá de hacer á los pobres salvajes que van errando en estas islas fueguinas, empleó todos sus recursos en contra nuestra, suscitando espantosas y tremendas tempestades. Pero ¡bendito sea Dios! que siempre triunfa del enemigo infernal. La fuerza, el ánimo y la constancia que jamás perdimos en medio de tantas pruebas son señales de su continua asistencia.

El día 9 de Junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el vapor *Amadeo* estaba cargado de ciento cincuenta toneladas de materiales para la nueva Misión, además de seis buenos caballos y de otros animales indispensables para las excursiones y el sostén de la Misión. Entramos D. Bernabé y yo, con tres coadjutores, tres jóvenes y cuatro obreros asalariados y partimos para el Cabo Peña.

Favorecidos por un fuerte viento, en pocos días nos encontrábamos en la barra del Río Grande. Descendimos á explorar el canal, la boca del río y el puerto Golondrina, pero no fué posible entrar con el vapor y echar ancla. El viento era tan violento y contrario y las aguas de tal modo encrespadas, que faltó muy poco para que más de una vez fuéramos envueltos por las olas. Nos refugiamos en el *Amadeo*, el cual, después de mil maniobras, volvió la proa contra nuestra voluntad.

¡Puede imaginarse, amadísimo Padre, nuestra desolación en aquel momento! Después de tantos gastos hechos por esta embarcación, tener que volver atrás sin haber podido hacer nada en favor de los pobres salvajes; fué una prueba harto dolorosa para nuestro corazón. Entramos en la Bahía San Sebastián y desembarcamos junto al arroyuelo Gama, donde nos detuvimos esperando que nos viniera en auxilio otro barco. Con el vapor *Amadeo* que volvía á Puntarenas mandamos á D. Bernabé, para que refiriera cuanto nos había acontecido y pidiera el envío de algún recurso.

Entre tanto para precavernos de la intemperie, en aquella esterilísima playa, á pocos metros de distancia del sitio donde llegan las altas mareas y á cerca de doscientos de la laguna formada por el arroyuelo Gama con otros dos menores, fabricamos en la arena dos cabañitas, una para nosotros y la otra para las bestias; junto á la primera construimos también una habitacioncita para capilla y depósito de las cosas más delicadas.

Toda esta construcción era de madera, y nos defendía poco de los vientos, que casi continuamente soplaban con gran furia, y de la lluvia, la nieve y la menuda arena que levantada por el huracán, formaba nube y era sacudida contra nuestra débil cabaña. No obstante, fué preciso tener paciencia y esperar cuatro largos meses. Entre tanto escaseaban los víveres, y no teníamos perros para la caza del guanaco: las balas de carabina sólo nos servían para los pájaros, de los que tuvimos



MANDCHURIA.— El Rdo. Sandrin y su doméstico. (Pág. 482)

la fortuna de cazar muchos. No pudiendo este estado prolongarse largo tiempo, decidí ir yo mismo á Punta Arenas por tierra. Era ya á fines de Septiembre. Tomé prestados caballos del Encargado del Páramo, y me trasladé á la hacienda de los Sres. Montes y Wales, cerca de la punta Anegada en el Estrecho de Magallanes, y pasado éste, en cuatro días llegué á Punta Arenas.

Allí ningún barco quería hacerse á la vela en una estación tan mala; pero yo, que sabía la misera situación de nuestros pobres hermanos y obreros, no pude tranquilizarme. Por más que todos querían disuadirme, tomé nuestra goleta *Maria Auxiliadora*, alquilé otra llamada *King-Fischer*, las cargué de víveres, tablas y caballos, y encomendándome á las oraciones de los queridos hermanos y niños, me puse en viaje el 27 de Octubre.

A pesar de los fuertes vientos que continuamente se desencadenaban, las dos goletas, guiadas ciertamente por María Santísima, pudieron resistir varias borrascas, huir multitud de escollos y llegar felizmente á la Bahía de San Sebastián, donde se nos esperaba como ángeles salvadores. Allí nos unimos á nuestros hermanos y obreros, cargamos todo lo que nos fué posible, y después seguimos á la vuelta del Río Grande. Queríamos á toda costa llevar á cabo la empresa que nos había confiado la obediencia.

Las dificultades y obstáculos en la entrada del Río no fueron menores que la vez primera; pero finalmente con el auxilio de Dios y de María Santísima pudimos llegar y echar las anclas en el puerto de Golondrina, á las siete de la mañana del 11 de Noviembre, fiesta de San Martín y vigilia del Patrocinio de nuestra querida Madre.

Al día siguiente descansamos en el puerto, y pude por vez primera celebrar la Misa en esta playa, que de hoy en adelante será el centro de nuestra nueva Misión.

El lunes hice levar anclas, y con marea siempre creciente avanzaron las dos goletas cerca de tres millas hasta llegar á algunas hendiduras, llamadas negras, sitio cómodo y bueno para echar áncoras. Así se hizo, y bajando después la marea, pudimos descender, y casi sin mojarnos los pies descargar cuanto habíamos traído.

Dispuse luego que los carpinteros levantasen una cabaña de metros 10'20 de largo por 4'50 ancho y 3'60 alto, con tres ventanas, una puerta al Este y otra al Oeste. Está dividida en dos pisos: bajo y superior; éste sirve para dormitorio y depósito de víveres, el inferior para capilla y taller. Está situado en buena posición, á unos cincuenta pasos del Río, en el puerto de María Auxiliadora, así llamado por haber sido nuestra goleta la primera que allí ancló felizmente. A cincuenta metros al Noroeste hice también levantar otra cabaña que sirve de establo á las bestias, y delante un buen patio cercado.

Después de haber dado estas disposiciones, la goleta *King-Fischer* partió para la colonia de la Isla Dawson y la *Maria Auxiliadora* para la Bahía San Sebastián, donde fui también yo á caballo para deshacer las cabañas allí improvisadas y tomar el material que habíamos dejado.

Esto es, amadísimo Padre, cuanto se ha podido ha-

cer en siete meses por esta nueva Misión. Aquí estamos rodeados de indios: por todas partes levantan inmensas hogueras tal vez para intimidarnos. A poca distancia de aquí hay unas doce cabañas, pero sus habitantes al llegar nosotros se alejaron. Iremos nosotros ahora á buscarlos. Ruegue y haga rogar, venerado Sr. D. Rua, por nosotros y por estos pobres salvajes.

CHILE

Decadencia del Paganismo araucano.—Un casamiento frustrado

El Rdo. P. Fr. Bernardo Subiarre, misionero franciscano, escribe desde Angol el mes de Junio de 1894:

EL corazón del misionero se dilata y se llena de espiritual regocijo al ver que la semilla evangélica germina y echa fuertes raíces en el campo araucano. Un caso ocurrido el 18 de Marzo del presente año, en la Reducción de *Tholpan*, cerca de Nacimiento, con motivo de un frustrado casamiento pagano, nos manifiesta evidentemente que el Paganismo araucano se rinde á la luz de la verdad.

Antes de narrar el hecho que me impulsa á escribir la presente, séame permitido exponer las ceremonias á que obedece un matrimonio entre los indígenas de Chile.

Los araucanos consideran desgraciado el matrimonio que tiene muchos hijos varones, y feliz el que es fecundo en mujeres; al contrario de lo que pasa en los pueblos civilizados. Las razones de esta original anomalía las deducirá el lector, imponiéndose de los fuertes compromisos que arrostra el padre de un mancebo que contrae matrimonio.

El único casamiento, permitido y reconocido como tal entre los araucanos, es el que se efectúa por medio del raptó, hecho en presencia de los padres ó parientes de la muchacha. Cuando un indio pretende casarse á su usanza, como ellos llaman, hace unas cuantas visitas á la choza de la muchacha que desea llevar por esposa, y si por medio de las miradas comprende que es correspondido (1), determina la noche que ha de ir por ella. Al efecto, reúne unos cuantos amigos de á caballo y se dirige con ellos á la *ruca* que habita la novia (2); entra en la choza contra la voluntad aparente de todas las indias, en particular de la madre ó hermanas de la muchacha, las que, no bien comprenden el objeto del agresor, le acometen con un aparatoso juego de palos y mazañas, que él de ningún modo puede contestar, ni encararse contra las que se los dan. Y cuidado que el chico pretenda defenderse de los aspavientos y arañazos de la familia mujeril, porque entonces la mera ceremonia pasaría de verde á oscuro, puesto que le descargarían de veras los palos hasta quebrarle los huesos.

Imagínese el lector cuál no será el laberinto que se forma en aquel hogar, pocos momentos antes tan apacible y tranquilo, al ver que un mozo altivo y osado, sin pronunciar una sola palabra, va detrás de su pre-

(1) Los padres ó parientes no les permiten dirigirse una sola palabra.

(2) Estos malones ó asaltos, casi siempre los dan de noche.

tendida, seguido de una multitud de mujeres y perros. Según sea la agilidad de la muchacha, sigue la persecución por todos los ámbitos de la *rucu* (1), poniendo en movimiento todo el gallinero, en el que se hallan en común consorcio chanchos, ovejas, gallinas, pavos, gansos, patos y *tutti quanti*, que junto con los aullidos de los *quillthos*, el clamor de los chiquillos, las estrepitosas risotadas de sus compañeros y demás varones de la casa, que no toman parte en esta comedia infernal, forman la confusión y algazara más completa que puede imaginarse, hasta que, por fin, atrapa á su astuta y esquivada novia para no soltarla más. Sácala de la choza, colócala á la grupa de su caballo, y á todo escape parte con ella á un bosque, ó á otra Reducción más ó menos lejana, donde nadie pueda encontrarlos.

Los parientes de la muchacha, que por de pronto se recogen taciturnos, prometiéndose perseguirlo al día siguiente para castigar tamaña injuria, se entregan tranquilos en brazos de Morfeo. Al amanecer del día siguiente, todos los de la familia vístense su legendario *chamal*, y salen en distintas direcciones por los campos vecinos en busca de aquel rapaz, que tan inopinadamente les arrebató un sér por demás querido. Corren de un lado á otro; entran y salen de los montes; animan sus perros por las quebradas más profundas; se gritan y reunen nuevamente para tomar otra dirección, pasando así en estas idas y venidas todo el resto del día. Todo empeño es inútil; es imposible dar con el raptor. Por otra parte, sus compañeros, luego que ven cumplidas las tradicionales ceremonias del referido casamiento, y como último complemento de éste, colócanse detrás de la nueva pareja, la acompañan por brevísimos instantes, y, alentándola con frenéticos y descompasados gritos por el triunfo que su apadrinado raptor ha obtenido, lo abandonan á su suerte. Adelántase éste á rienda suelta y en un momento se pierde de vista entre la oscuridad de la noche.

Quedan, pues, resignados los padres de la muchacha, sin hacer otra diligencia que las practicadas, esperando impacientes saber el paradero de su amada hija.

Pues bien, apenas pasan ocho ó diez días cuando aparece la gentil pareja trayendo cierto número de animales vacunos, caballares y ovejunos, según la posición de los padres del muchacho y de los de la recién casada. Sin esto no hay casamiento posible, y volvería la muchacha á la casa paterna si no se cumplieran estrictamente estas precisas condiciones, que forman el código de leyes escrito en el convencimiento unánime de todos los araucanos.

Satisfechos los padres de la muchacha de la paga que les ha traído el individuo que se la tomó por esposa, lo reciben como á uno de los miembros de la familia, entregándose desde este mismo momento á la tradicional borrachera, que dura por algunos días.

Esta es la ceremonia de un casamiento entre estas infelices tribus araucanas, que se ha venido efectuando al través de los siglos, de generación en generación. ¡Oh! ¡cuán digno de compasión es el Paganismo, que obra tantas necedades! Roguemos á Dios para que desaparezca de la familia indígena la ignorancia de su ley.

(1) Estas son todas de una sola pieza, por más grandes que sean.

Conocido ya lo que es un casamiento entre los araucanos, paso á referir el hecho que me propuse al principio.

Tranquila y serena se encontraba María Coylla al lado de sus buenos abuelos Antonio Coylla y Francisca Huiliñil, cuando una tarde del día indicado, se presenta Lorenzo Huiliñil, con el cortejo y pretensiones consabidas. La inocente María, que apenas cumple quince años de edad, no se imaginaba que todo aquel aparato venal se dirigía contra ella; mas, grande fué el sentimiento que experimentó su corazón al conocer los intentos que traía aquel cínico muchacho. Por suerte se encontraban en casa sus hermanos varones, á quienes comunicó en el acto los peligros en que se hallaba; agregándoles que primero se dejaría matar antes que consentir en una acción tan criminal como punible; y más que todo, su conciencia de católica no le permitía consentir en ofensa alguna contra Aquel buen Dios, que desde la cuna le había enseñado á detestar las execrables y ridículas costumbres en que vivían sus antepasados; que desde el mismo día que supo, por una prima suya, que las Hermanas Terciarias de San Francisco habían fundado en Angol un Colegio para recibir y educar á las hijas de los *mapuches*, había resuelto encerrarse en él para servir á Dios. ¡Oh feliz criatura! ¿quién te dió tantas luces para pronunciar tales bellezas? Tanta fuerza de espíritu para rechazar la idolatría ¿quién te la concedió? ¡Ah! no es otro que el Espíritu Santo, que inflama en amor divino los corazones de las criaturas más abyectas y humildes...

Los hermanos de María quedan atónitos al oír una protesta tan enérgica de los labios de su amada hermana, y se abalanzan frenéticos sobre aquel estúpido muchacho, dándole una soberana tunda, que si no interviene la bondadosa compasión del abuelo Antonio, que teme las consecuencias de un asesinato, acabarían con él allí mismo.

La intrépida María desde luego propone abandonar aquel recinto, que, si bien por muchos títulos le es tan caro, es muy inseguro para conservar su inocencia. Espera, por tanto, impaciente, los primeros albores de la mañana para emprender su marcha en busca del asilo, objeto único de sus ensueños y de sus más tiernas aspiraciones. No bien el sol coloreaba las crestas andinas, cuando se despide la inocente María con un sentido y afectuoso abrazo de sus abuelos, humedeciendo sus encanecidos cabellos con las lágrimas que brotan de sus mejillas, y puesto su corazón en Dios, alegre y festiva toma el camino de Angol para ingresar en el Colegio de Santa Ana. Luego que se presenta á las puertas de esta santa Casa, es recibida con el mayor cariño y ternura maternal por las caritativas Hermanas Terciarias. Allí la vemos hoy día, alabando al Señor y aprendiendo los deberes de la mujer cristiana, siendo el modelo de sus demás condiscípulas.

No menos digno de encomio es lo que pasó á una familia huenchupallao, de la Reducción de Arquenco, que le quemaron la casa porque una de sus hijas, llamada Margarita, después de haber hecho una resistencia heroica contra Juan Andrés Huenchucal, se vino inmediatamente á asilar á en casa de Santa Ana.

Muchos otros casos, como éstos, ocurridos desde el día en que se fundó esta casa, podría agregar á esta mal pergeñada relación, los que omito en obsequio á la brevedad. Así, por ejemplo, hay muchas indiecitas que no quieren volver á sus casas, aun en tiempo de vacaciones, por más que sus padres les ofrezcan traerlas nuevamente al Colegio.

Tanta es la confianza que estos pobres indios tienen en las Hermanas, que muchos les traen sus hijitas para que les enseñen á rezar, leer y los demás oficios propios de la mujer, que, siendo ya tan crecido el número de éstas, la casa se ha hecho estrecha para recibir á cuantas desean ingresar en ella. Por esta razón, las Hermanas comenzaron el año pasado á darle mayores proporciones al edificio, con algunas limosnas que les hicieron varias personas piadosas y bienhechoras; pero, muy á pesar suyo, se han visto obligadas á paralizar la obra por falta de recursos. ¡Oh! ¡cuán sensible es esto! ¡Cuántos esfuerzos y sacrificios perdidos no cuestan! Obras son éstas que reclaman aliento y protección.

FILIPINAS

Los mayoyaos y la ruza ifúgao

IV

PRECISO es dar una idea de la casa de Mamigad, con la cual, como en nada se diferencia de las de sus vecinos, se comprenderá fácilmente lo que son las demás, pues todas ellas están cortadas por un mismo patrón. Sobre los ángulos de un marco cuadrado de madera, de ocho á doce pulgadas de grueso, levántanse cuatro pies derechos, de madera también, que sostienen el edificio. A la altura máxima de dos metros se halla el piso, compuesto de anchos y gruesos tablo-nes, labrados á machete con mayor ó menor esmero; y cierran el recinto tablas herméticamente unidas y bien aseguradas por sus extremos. La parte baja queda abierta á todos los vientos. Una escalera de mano facilita el ascenso á la achatada y estrecha puerta de medio metro de ancho por uno de alto, que conduce al interior: en frente de la primera, y en la parte opuesta, hay otra puerta aún más reducida, que no abren sino en circunstancias dadas; parece como puerta de escape ó auxiliar de la principal para usos determinados. El área interior vendrá á ser de unos treinta metros cuadrados; y á poco más de la altura de un hombre, sobre cañas ó delgadas piezas de madera, tienen colocados todos los enseres y ajuar de la familia, cestos, cuévanos, bateas, *cáuas*, ollas de barro, etc., etc., que no son del uso diario, y el arroz que cosechan hasta llenar el depósito si á tanto les alcanza. El techo es de *cogon*. En este ahogado y oscuro recinto guisan; aquí comen y duermen, sin más luz ni otra ventilación que las que las que entran por la puerta dicha, y con un olor allá dentro tan fuerte, tan repugnante y característico, que sólo ellos pueden sufrir por estar acostumbrados. El aspecto exterior de estas casas es muy original: el cuerpo principal forma un cubo geométrico cuya base es bastante más pequeña y reducida que el plano supe-

rior, á manera de un vaso cuadrado más ancho por la boca que por su base.

Circunda la casa un grueso muro de piedras sobrepuetas y bien enlazadas hasta la altura de un metro próximamente, dejando un espacio, que pudiera llamarse plazuela, de unos seis metros por lado para las faenas caseras y desahogo del edificio. Todo el solar está empedrado con grandes losas graníticas sin labrar, colocadas con la paciencia y cuidado que supone el ajuste de unas con otras en sus variadas é irregulares formas. Esto les favorece para conservar siempre limpio todo el perímetro y alrededores inmediatos de las casas, limpieza que contrasta con la suciedad interior de las mismas y con la manera de vivir de los salvajes.

Fuera de este recinto hay otro edificio de caña para conservar el arroz que no cabe en los desvanes, con su cuchitril debajo, donde tienen encerrados los cerdos; y entre la casa principal y éste andan repartidas las gallinas con buenas bandadas de polluelos. No lejos, y en una pequeña y miserable choza que más parecía chiquero inmundo, las vertientes de cuyo techo llegaban hasta el suelo, había una vieja sola, de aspecto repugnante, sentada sobre la dura tierra, triste y pensativa como la imagen del infortunio: debía ser la *anitera*, ó alguna desgraciada que estuviera allí purgando crímenes cometidos, pues los demás no llevaban á bien que yo hablara con ella, mostrándose por su parte muy disgustada cuando me acerqué á observar lo que había en aquel tugurio. Noté esta particularidad en otros dos puntos ó rancherías diferentes, en una de las cuales, al concluir yo de comer, mandé que llevaran á la infeliz reclusa parte de los manjares; pero se negaron resuelta y seriamente á cumplir mis deseos. Sólo en el aposento singular, cárcel mejor dicho, de esta desgraciada mujer, me encontré con una mano, seca y bien conservada, cortada á tres ó cuatro dedos de la juntura del brazo. Al sorprenderla, empezó la vieja á chillar como energúmena, y trancó la puerta por dentro con celeridad y evidentes señales de terror y de desprecio; que de todo daban muestra sus ademanes furiosos y su cara espantable. En ninguna de las casas que visité vi calaveras humanas ni restos de animal alguno. No son así los silipanes, que las almacenan todas, y hasta las compran á los asesinos en cambio de arroz, como repetidas veces se ha dicho.

Dejemos la ranchería de Pulá y la casa de Mimigad, y vamos á ver otras, que los demás caciques también desean les visite sus casas y recorra todo el Mayoyao. Es necesario armarse otra vez de valor: aun quedan cuestas que subir, pues veo en una de en frente, alta y no poco trabajosa, á treinta ó cuarenta hombres limpiando el antiguo camino que conduce, según afirman, á Balambang. Ya no hay posibilidad de utilizar el caballo: los pilápiles de las sementeras y barrancos perpendiculares al arroyo que es preciso atravesar para tomar la referida cuesta, lo impiden de una manera absoluta; y ahí queda el pobre animal, amarrado á una mata de carrizo donde puede comer lo que quiera, menos hierba; que no hay ni *cogon* menudo para matar el hambre.

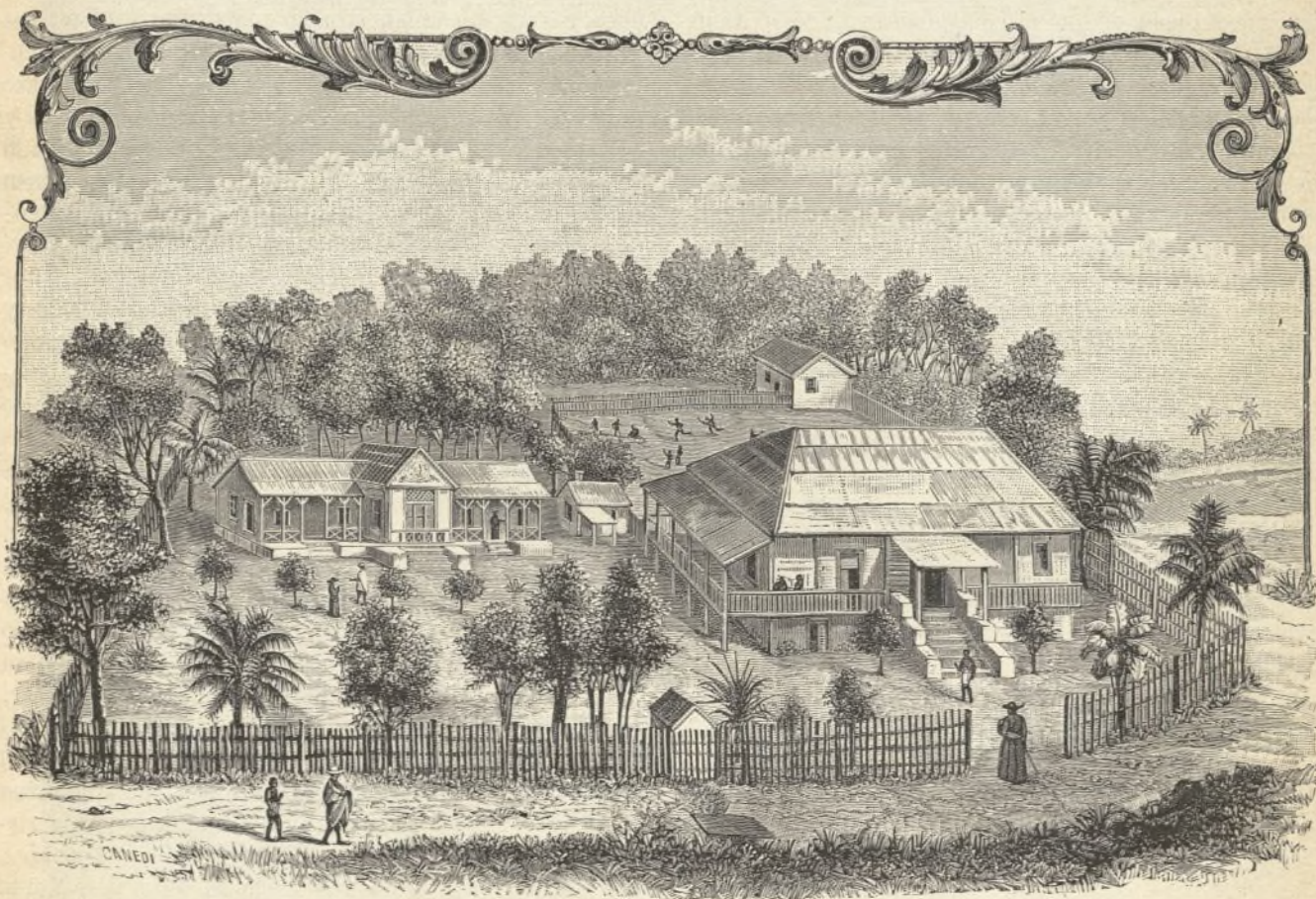
Cerca ya de la ranchería de Puliq, después de remontar la cuesta, nos salió al encuentro Paddig con una banderola, incorporándose igualmente los hombres que estaban arreglando el camino. Cinco ó seis casas juntas, fuera de otras varias diseminadas por los sembrados, forman este grupo, rodeado de altos bambús, á la sombra de los cuales nos esperaba la familia del referido cacique con acompañamiento de chiquillos y algunas mujeres, todos contentos, ó por lo menos bien amaestrados en sus manifestaciones externas de alegría. De una tinaja de vino que preparó Paddig tomaron buenos tragos los que quisieron, y seguimos á Balambang, que distaba poco más de medio kilómetro.

Nada de particular ofrece actualmente esta ranchería. Para hacer lugar á los edificios que aquí se levanta-

ría rico con poco trabajo, según allí se entiende la riqueza, y supuestas las aspiraciones y el horizonte ideal de aquellos naturales.

Desde Balambang se sube á Langayan, que está cerca, atravesando sembrados por sus estrechísimos é imponentes pilápiles, única senda que hay. Aquí pasamos la noche en casa de Mataag, obsequiados, como en los demás puntos, con cuanto aquella pobre gente podía ofrecer, que era buena voluntad, cerdos, camote, arroz y el vino consabido; aparte de algún pollo y huevos para mi gasto. No produce más su territorio; y el que da lo que tiene, y con buena voluntad, es acreedor á justo agradecimiento.

Unos emisarios que envié por la mañana al Alimit, para que vinieran tres conocidos caciques de aquel dis-



MADAGASCAR.—Casa-Misión y escuela de Hall-Ville. (Pág. 502)

taron, hubo que cortar un estribo de la montaña, terraplenando con los materiales removidos un espacio de dos ó tres mil metros cuadrados, quedando la superficie algo inclinada y en medio tres ó cuatro enormes pedruscos al descubierto, cuyo aspecto vítreo manifiesta lo bastante su naturaleza y formación geológicas. Ningún resto existe de los primitivos edificios: sólo me mostraron dos piezas de madera en bruto de la casita residencia que cuatro años antes me habían preparado allí mismo, y que deshicieron después, al ver que no iba á visitarlos como deseaban y como tantas veces les había prometido. Aquel sitio lo conservan con religioso respeto; no atreviéndose nadie á sembrar en él, á pesar de su extensión y de pasar el agua á mayor altura: circunstancias por las cuales el que lo cultivara se ha-

trito á conferenciar conmigo, volvieron bien entrada la noche, con aviso de que éstos se presentarían al día siguiente. No vinieron, como sospechaban los que trajeron el aviso, por temor, decían, de que se les cogiera presos á causa de los asesinatos de Diadí que quedan referidos. Pero como quiera que mis intenciones y deseos eran muy contrarios á semejantes temores, los requerí de paz por segunda y tercera vez, sin conseguir nada, dándome por último la respuesta categórica de que no les daba la gana. ¡Desgraciados (1)!

(1) A los pocos meses dos de estos caciques, capitaneando á medio centenar de silipanes, sorprendieron á una patrulla de siete soldados y un cabo matando á seis, si no me es infiel la memoria, y llevándose algunas armas y municiones. Poco después (Enero del 92 los mismos asesinaron á dos ó tres viajeros entre Diadí y Bagábag. En una y otra ocasión se les ha castigado duramente;

En cambio de la negativa de los del Alimit aparecieron los de Bungian, sin llamarlos, á suplicarme pasara á la vuelta por sus rancherías; y los del Guinijon y Tuláquit, del alto Silipan con un cerdo y gallinas de regalo y pretensiones de que subiera á visitarlos. Ni á unos ni á otros pude complacer por la premura del tiempo, prometiéndoles verificarlo otro año que iría más despacio y sobre terreno ya conocido. Estos encuentros tenían lugar en casa del viejo Mababyu (1), en el centro del Mayoyao y ranchería del mismo nombre, á donde nos habíamos trasladado por la mañana.

Allí se reunieron todos los caciques y ancianos de prestigio en la comarca; allí comieron y bebieron y hasta bailaron todo el día, y hubo canto y charla sempiterna durante la noche. Ni el menor desmán, ni altercado alguno se notó entre ellos. Andaban preocupados con el temor de que el comandante del distrito de Quiangan situase en el Mayoyao un destacamento permanente de fuerza armada, temor que yo les había hecho concebir para probar la disposición en que se hallaban, siendo por otra parte muy probable que así se efectuase, y me suplicaron hasta la saciedad que intercediera para que el destacamento se situara en el Alimit, y de ninguna manera en el Mayoyao; alegando por causa que los soldados abusarían de sus mujeres é hijas, y no dejarían en todo el territorio gallinas ni cerdos, ni podrían vivir nunca en paz con tales elementos á su parecer de desorden y de discordia. El compromiso para mí era grave, por la idea tan arraigada que tienen todas las razas remontadas de que el Padre misionero, como representante de Dios, lo puede hacer todo, sin que haya autoridad, por alta que sea, que se niegue á oírle ó contrarie sus deseos. Tanto más convencidos estaban los mayoyaos, cuanto que les constaba por experiencia que el Sr. Oscáriz quiso establecer entre ellos un destacamento semejante para resguardo del Padre misionero, y hacerles cumplir los convenios estipulados, y no se llevó á efecto por intercesión del P. Vilanova, á quien todos respetaban y obedecían, sin necesidad de soldados para defenderle y dar cumplimiento á las órdenes del jefe de la provincia. No podía yo responder satisfactoriamente á esta demanda, sino bajo ciertas condiciones á que debían sujetarse primero los mayoyaos para asegurar su completa sujeción, y no impedir en tiempo alguno la acción directa de la Autoridad del distrito; y aun así fiaba más bien en el buen criterio del Sr. Coronado, comandante á la sazón del Quiangan, que en la eficacia de mi valimiento á favor de aquellos infieles, cuya defensa é interpretación de sentimientos y promesas imponían desde entonces sobre mis hombros.

Convenidas las bases, sin dificultad alguna se comprometieron á levantar con su trabajo los edificios necesarios para el establecimiento de la tropa en el Ali-

mit; á llevar á la fuerza allí destacada el arroz que necesitase para comer; y en las épocas que se les designasen, asistir á la apertura y conservación de los caminos donde y como se les mandase. Mas al tratar del reconocimiento del vasallaje que hasta entonces venían pagando á los comisionados del gobierno de esta provincia encontré no pequeña resistencia para que se entendieran con el Quiangan, por la distancia, decían, que los separaba de aquella comandancia (1), y tener que atravesar territorios y rancherías numerosas de enemigos sin tener quien los defendiera. Estas y otras razones, al parecer atendibles, no eran más que meros pretextos; puesto que, una vez establecido el destacamento en el Alimit, que estaba tan cerca, podían muy bien entenderse con el oficial comandante del mismo, sin necesidad de acudir al Quiangan. La causa verdadera de esta repugnancia podía encontrarse en lo que últimamente me manifestaron. No se fiaban del elemento militar, considerándole como agente de toda clase de abusos y de tropelías. Recelosos por naturaleza y apegados á la tradición, muéstranse refractarios á lo desconocido; y de aquí, á mi juicio, que intentasen eludir los compromisos que veían ya encima, protestando querer seguir sujetos á un gobernador de cristianos, y no á otro exclusivamente de igorotes. Afirmaban que esto último menoscababa su reputación, y aquello lo tenía por mucha honra; añadiendo que estaban dispuestos á pagar lo mismo que pagan los cristianos, con tal que no pisara soldado alguno el territorio del Mayoyao.

Tuve que valerme del ascendiente que sobre ellos ejercía, y hablarles en términos graves y resueltos, para convencerlos de su equivocada manera de pensar. Querían que yo me quedara entre ellos para ponerlos á cubierto de los males que fundadamente temían; males que una reciente experiencia les demostraba á diario en rancherías limítrofes, y que sólo el misionero ó un jefe amigo de la rectitud y de la justicia pueden evitar. Para ello ofrecíanme hacer un buen edificio donde vivir (de caña y cogon por de pronto, y luego, con el tiempo, de tabla), y escuelas donde enseñar la doctrina á los niños; porque deseaban que sus hijos fueran cristianos, ya que ellos, por tener la cabeza muy dura (*sic*), no estaban en condiciones de aprender y disponerse para el bautismo: que me llenarían dos *tambobos* de palay para mi gasto y el de mis sirvientes, entre los cuales se contarían los hijos de los principales caciques, con el fin de que les enseñara bien á leer y escribir, y pudieran ser después *gobernadorcillos y capitanes pasados* (2). ¡Qué lástima de gente, y cuán incomprensibles y pavorosos son los juicios de Dios sobre los hombres! Yo me hubiera sepultado vivo entre aquellas breñas inaccesibles, si contara con la salud y las fuerzas perdidas en el imposible Diadí. Yo hubiera renunciado para siempre á ver más horizonte ni más cielo que el que se divisa desde las profundidades de un barranco sin salida, seguro de que Dios me había de premiar el sacri-

pero es de suponer que vuelvan á las andadas, mientras no se les sujete como Dios manda. Que no hay otra solución práctica ni racional en ley de naturaleza, si la justicia que á todos se debe no es una mentira social y palabra sin sentido en el lenguaje de los hombres.

(1) El que llevaba la voz cantante en la conferencia de Carig hoy ya muerto, sin que sepa quien le ha sustituido en su oficio de *anitero*.

(1) Tres días de camino, según afirman.

(2) Hay que fijarse en este dato, que encierra enseñanzas provechosas para todos, si la reducción de los infieles ha de ser efectiva y permanente, y no una carga pública y un borrón en la historia.

ficio de mi existencia en beneficio de aquellos desgraciados, dignos de mejor suerte, si la pesadez y torpeza de mis miembros y las canas que blanquean mi cabeza no fueran indicio cierto de debilidad orgánica y corporal abatimiento.

Allí mismo, en un pliego de papel, y con lápiz, redacté las bases estipuladas, y las envié al comandante del Quiangan por conducto de cuatro caciques del Mayoyao y Bungian, para que aquel jefe supiera á qué atenerse. Decíale que ponía á su disposición, sujetas y obedientes, las rancherías de aquel importante territorio, prontas á cumplir cuanto se les ordenase dentro de la ley y de la justicia: que, en vista de la repugnancia y temores manifiestos de aquella gente respecto á la fuerza armada, era preciso, si quería conservar tan buenas disposiciones, que uno de los destacamentos en en proyecto se colocara, no en el Mayoyao, sino cerca, en el Alimit, con el triple objeto de sujetar la parte baja del Silipan, impidiendo, y castigando en todo caso, las muertes de cristianos y robos de animales que los salvajes de aquella zona cometían frecuentemente; de velar por el cumplimiento de las promesas de los mayoyaos; y por fin de acostumbrarlos al trato del soldado con cuidado y vigilancia suma, para que fueran depониendo sus recelos y desconfianzas. Para ello le interesaba que un oficial sensato, con el menor acompañamiento posible, recorriese de cuando en cuando las rancherías del Mayoyao, y empadronase poco á poco á todos sus naturales; en la seguridad de que había de ser bien acogido y bien tratado, siempre que no se les causara extorsión injusta ni vejamen alguno en sus personas y propiedades. Afortunadamente se procedió en todo á satisfacción de ambas partes; menos en lo tocante al empadronamiento, base principal para organizarlos en definitiva al igual de los pueblos cristianos, como yo deseaba. Los mayoyaos han venido portándose de entonces acá como se portaron siempre que se les ha tratado cual sus buenas cualidades y pacífico carácter se merecían; y es de sentir que, estando tan bien pre-dispuestos á entrar de lleno dentro de la ley común, nada se haya hecho para conseguirlo.

ESTADÍSTICA DE LAS MISIONES DE FERNANDO POO

Y SUS DEPENDENCIAS DEL GOLFO DE GUINEA

ESTAS Misiones, dice el *Iris de Paz*, órgano de los Misioneros Hijos del Corazón de María, fundadas en Noviembre de 1883, mediante el establecimiento de una residencia en Santa Isabel de Fernando Poo, á instancia de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, y bajo el protectorado del Ministerio de Ultramar, tocaron ya desde un principio con serias dificultades, unas que son características de la raza africana, excesivamente refractaria á la civilización; otras particulares de Fernando Poo, que todavía se resiente de la influencia anglo-protestante, por efecto del abandono en que la tuvo España, y de la protección, más ó menos declarada que á los pastores protestantes

han dispensado casi en todo tiempo las Autoridades de la colonia.

Los Misioneros del Corazón de María no se arredraban por esto; antes por el contrario, aprovecharon siempre cualquier coyuntura que facilitara la creación de nuevas Residencias, hasta que han logrado establecerlas en todas nuestras posesiones del Golfo de Guinea, abriendo en ellas colegios de enseñanza y escuelas de artes y oficios, con objeto de atraer la juventud.

En otras ocasiones hemos tenido el gusto de publicar la estadística de nuestras Misiones, aparte de que, por complacer á nuestros abonados (que nos consta lo desean), no dejamos de publicar en cada número alguna relación ó episodio interesante de los muchos que ocurren en aquella colonia africana. Pero en este número, aprovechando los datos que hemos recibido por el último vapor correo, nos apresuramos á publicar la estadística de todas las Misiones españolas que comprenden la prefectura apostólica llamada de Fernando Poo, nombre por el cual han sido siempre conocidas nuestras posesiones del Golfo de Guinea (Africa Occidental).

Fernando Poo.—En esta isla, poblada por la indolente raza bubí, se calculan unos 38,000 indígenas, aparte de la ciudad de Santa Isabel, que cuenta 600 habitantes, todos civilizados á su manera; entre ellos se incluye la colonia europea, que consta de 200 personas.

Residencias.—La Misión tiene en esta isla cinco Residencias, Santa Isabel, Banapá, Basilee, San Carlos y Concepción, y una Preceptoría en Rebola.

Otras islas y Residencias.—Además hay una Residencia en cada una de las demás posesiones, que son: las islas de Corisco (900 habitantes), Elobey (200) y Annobón (1,360); y en la parte continental, llamada Cabo San Juan, con 800 indígenas.

Personal de la Misión.—Distribuidos entre las nueve Residencias mencionadas, hay 50 misioneros (23 sacerdotes y 27 Hermanos coadjutores), y 11 Religiosas Concepcionistas en los colegios de Santa Isabel y Corisco.

Católicos.—A fuerza de sacrificios incalculables, han logrado nuestros misioneros, con el favor divino, atraer á la Religión católica, unos de entre los herejes, pero la mayoría de entre los infieles, á 2,832 indígenas, fuera de los muchos que han fallecido en los últimos once años, dándose la circunstancia de que en algunas Residencias, como las de Corisco y Annobón, hace mucho tiempo que apenas muere uno sin los Santos Sacramentos, dato sumamente consolador para el cristiano.

Colegios y alumnos.—Los misioneros, en las diferentes Residencias de que se ha hecho mención, tienen abiertos 10 colegios ó escuelas de primera enseñanza á las que asisten 227 niños internos (costeada la manutención, vestuario y menaje por dichos misioneros), 162 niños externos y 151 niñas externas (en clases separadas de los niños), donde no hay Religiosas.

Las Hermanas Concepcionistas cuidan de los colegios de niñas de Santa Isabel y Corisco, á los que asisten 54 niñas internas y 24 externas.

Es de notar que los alumnos de uno y otro sexo se renuevan, casi en su totalidad, cada tres años.

Sacramentos.—En el último año han administrado



ES SANTA Y SALUDABLE LA OBRA DE ROGAR POR LOS MUERTOS, PARA QUE SEAN LIBRES DE SUS PECADOS

(Machab. xii, 46)

(Pág. 502)

los misioneros 187 bautismos, 14 confirmaciones, 56 matrimonios y dado sepultura cristiana á 111 personas.

Artes y oficios.—A los muchachos que tienen alguna instrucción y están bastante desarrollados en su físico, se les instruye en varias artes y oficios, incluso el ramo de agricultura; resultando de aquí que cuando llegan á la edad de tomar estado tienen ya medios de subsistencia, ora con el ejercicio del arte que aprendieron, ora con el producto de las fincas que, después de roturadas y plantadas de cacao, café, etc., por krumanes (obreros de la costa del Krup), siguen ellos cultivando por su cuenta. Sólo en la Residencia de San Carlos hay 40 muchachos, que cuidan cada uno de su finca de cacao.

Otros bienes que reporta.—Como el Gobierno no puede subvenir á todas las necesidades de la Misión, sobre ésta pesa la carga de reparar las casas é iglesias, construir otras nuevas, levantar modestas viviendas para los juvenes que toman estado, alimentar á más de 200 niños internos, vestir á unos 600 y á varios otros indígenas adultos. A esta hermosa obra de misericordia contribuyen poderosamente varias personas piadosas con los donativos que les agradecemos y vamos consiguiendo en esta Revista.

Por la mediación de nuestros misioneros ha logrado el Gobierno de la colonia excelentes obreros en los naturales de Annobón, que por tradición antiquísima jamás habían consentido en salir á trabajar fuera de su isla, y que hoy prestan muy buenos servicios en Fernando Poo. A nuestros misioneros se debe la construcción de edificios de fábrica de ladrillo y cal, elaborados en la misma colonia, la apertura de algunos caminos, etc., etc.

Trabajos de la Misión.—Con [lo anteriormente expuesto, es evidente que hacen algo, y aun mucho nuestras Misiones del Golfo de Guinea, en su noble tarea de formar hijos para la Iglesia y para la patria, sin referir las penalidades consiguientes al clima, que desgasta sobremanera la naturaleza del europeo, y á las expediciones que han de hacer por bosques casi intransitables, por abrasadoras playas, cruzando ríos y mares con botes y cayucos, casi siempre á la intemperie y con peligro de naufragio.

Victimas que ha tenido la Misión.—Una vida tan agitada en clima tan mortífero es consiguiente que produzca considerables víctimas, por más que se ha tenido sumo cuidado en que regresaran los enfermos á la Península luego que los médicos lo prescribían. Con todo, en los once años que llevan de vida en el Golfo de Guinea nuestras Misiones, hemos sufrido muy dolorosas pérdidas: 21 sacerdotes y 8 Hermanos coadjutores, todos ellos puede decirse que en la flor de su edad, y 3 Hermanas Concepcionistas.

Estos mártires de la caridad y de la obediencia, que han regado con sus sudores la colonia hispano-africana y ofrecido sus vidas por amor á sus semejantes, á imitación de Jesucristo, nuestro Redentor, que ofreció la suya, de valor infinito, por la salvación del mundo, han sido substituídos, á medida que terminaban su gloriosa carrera, por otros adalides de la Santa Religión, ansiosos de continuar el cultivo espiritual y moral de aquella colonia y de recoger los frutos que va dando la pre-

ciosa semilla del Santo Evangelio, derramada por sus predecesores; frutos cada día más copiosos á medida que va formándose allí una sociedad católica, base de la completa regeneración social de Fernando Poo y sus dependencias.

Después de muchos trabajos y persecuciones, de enfermedades y pérdidas de personal, en las cuales pudo decirse de los Misioneros del Corazón de María lo que el Salmista: *Euntes ibant et flebant mittentes semina sua*, la Divina Providencia ordena que sea cada vez más palpable el fruto, para que tengan cumplimiento aquellas otras palabras del mismo Salmo: *Venientes autem venient cum exultatione portantes manipulos suos*.

LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE EN ZACATECAS

Leemos en *La Rosa del Tepeyac* de 30 de Septiembre último:

ZACATECAS, Septiembre 27 de 1994.—Señor Director de *La Rosa del Tepeyac*.—Presente.

Señor de todo mi aprecio y distinguido amigo: Altamente agradecido por la buena acogida que se ha dado á la Obra de la Propagación de la Fe, en el semanario que V. dirige con tanto acierto, molesto de nuevo su atención con las presentes líneas, suplicándole les dé cabida en su periódico.

Al terminar mis trabajos apostólicos en Zacatecas, y al dejar esta católica ciudad para continuar mi difícil misión en las demás partes de la República que me quedan por visitar, deseo que una vez más *La Rosa del Tepeyac* sea el intérprete de mi eterno reconocimiento para todas las familias y cada una de las personas de Zacatecas, á quienes he tenido el gusto y el honor de conocer y apreciar.

En vista de los innumerables testimonios de atención delicada, de sincera amistad y especialmente del aprecio de que he sido objeto durante mi permanencia en esta ciudad inolvidable, no sé cómo manifestar mi gratitud á sus generosos y simpáticos habitantes, quienes, no obstante las difíciles circunstancias por las que se atraviesa, se han servido corresponder de buena voluntad al llamamiento de humanidad, de civilización y de fe hecho por el Delegado de la Obra de la Propagación de la Fe. Todos han sabido ver desde su verdadero punto de vista nuestra Obra, que es la de la Iglesia universal, que es la base y el fundamento de todo bien, y la sola que corresponde á la Doctrina infalible de nuestro Divino Salvador y Redentor: «Id y enseñad á todas las naciones,» y todos sin distinción de sexos ni de posición social han correspondido con entusiasmo y desprendimiento al llamado del Delegado de Su Santidad el Papa León XIII (q. D. g.).

Jamás olvidaré la benevolencia verdaderamente paternal, la extrema bondad, la excesiva afabilidad del Ilmo. Sr. Dr. D. Buenaventura Portillo y Tejeda, quien me ha recibido con un espíritu sumamente apostólico, y con esquisita finura me ha dispensado cordial hospitalidad. Doy al ilustre y santo Prelado, digno sucesor

de los Apóstoles, las más expresivas gracias por estos favores, y por su edicto pastoral, recomendando eficazmente á todos sus diocesanos, y á todos los señores curas y sacerdotes de la diócesis, la Obra magna del Catolicismo, la que tanto ha contribuido para que quede definitivamente organizada y sólidamente establecida en esta ciudad, bajo la dirección tan acreditada del celoso y virtuoso sacerdote D. Juan I. Richard, digno párroco del Sagrario.

La importante población de Zacatecas ha sabido probar por las obras, en la presente circunstancia, que ella también merece el glorioso título de católica, y su celo religioso para subscribirse en nuestra santa y humanitaria cruzada, es una prueba de su sincero amor á Dios y de su verdadera caridad para con el prójimo.

El éxito ha sobrepujado á nuestras esperanzas. Por lo mismo no han faltado los desprendimientos generosos de unas principales familias de esta ciudad en favor de la Obra de las Obras, así llamada por el gran Pontífice reinante.

Que los dignos y caritativos habitantes de Zacatecas, socios bienhechores de la Obra de la Propagación de la Fe, parte esencial de la Iglesia católica y su gloria, sepan que el Delegado apostólico de Su Santidad parte con el alma llena de suma gratitud, alabando á Dios por haberle proporcionado el consuelo inmenso de encontrar otros hermanos que le han ayudado y ayudarán para siempre en la grande empresa y gloriosa cruzada de llevar la luz de la verdadera ilustración á los millones y millones de hombres sus semejantes, que aun permanecen sumergidos en las tinieblas del Paganismo y de la ignorancia.

Gracias á todos y por todo, y que el Dios Todopoderoso se digne escuchar la oración de su humilde misionero, el cual le suplica colme con sus más abundantes bendiciones y favores á todos nuestros bienhechores y socios, y les conserve para siempre una fe viva y la gracia de una santa muerte.

Sírvase aceptar, muy estimado señor y muy digno campeón de la causa católica, los sentimientos de alto aprecio y de sincera amistad de su muy agradecido servidor y capellán,

MONS. FERNANDO TERRIEN,

misionero apostólico y Delegado de la Obra de la Propagación de la Fe.

Inmensa es nuestra alegría en vista de la buena acogida dispensada al M. R. P. Terrien. No podía esperarse menos de la siempre católica Zacatecas, y confiamos, que firmes en su propósito seguirán contribuyendo con su pequeño óbolo á la excelsa Obra de la Propagación de la Fe.

Monseñor Terrien salió el jueves próximo pasado para Durango, otra diócesis á conquistar á la meritoria cruzada que le ha sido confiada, pero deja establecida canónicamente la Asociación con su Comité cuyo Director es el Sr. cura D. Juan I. Richard, y miembros las dignas y virtuosas Sras. María Jesús Escobedo de Escobedo, Adelaida Franco de Escobedo, Carmen del Hoyo y de Yermo, y las muy piadosas señoritas Juana Escobedo Pérez, Luísa Escobedo Escobedo y Jesús Palacios.

En cuanto al socorro extraordinario ofrecido por distintas familias, el distinguido caballero D. José L. del Hoyo ha sido nombrado apoderado y tesorero general, y se ha dignado aceptar de buena voluntad tal cargo.

LA PROPAGACIÓN DE LA FE ENTRE LOS INDIOS

UNA PASTORAL DEL ILMO. SR. OBISPO DE PUEBLA

Por doloroso que sea confesarlo, dice *El Tiempo*, de Méjico, el 24 de Agosto último, es un hecho, que no podríamos negar, que aquella obra grandiosa de la conversión de los indios al Cristianismo llevada á cabo por los españoles, desde la independencia de Méjico hasta nuestros días, no ha tenido entre nosotros continuadores. Miles de esos infelices compatriotas nuestros vagan por diversas regiones de la República en completo estado de salvajismo, y, por consiguiente, sin la menor idea de Religión, porque no puede llamarse religión el fetiquismo grosero que practican. Chihuahua, Sonora, Durango, Yucatán y otros Estados sufren de larga fecha grandes perjuicios de numerosas hordas, sustraídas no sólo del benéfico influjo del Cristianismo, sino de toda cultura. Y esto en un país reconocidamente católico.

El Tiempo, que ha prestado su apoyo á la Obra de la Propagación de la Fe en Asia y en Africa, poniendo sus columnas á disposición del Rdo. P. Terrien, no puede menos que preocuparse en favor de nuestros indios y llama la atención sobre la urgente necesidad que tienen ellos y tenemos todos los mejicanos de que sean evangelizados.

Católicos y no católicos estamos interesados en que los indios salvajes, esos elementos perjudiciales á la sociedad en el actual estado en que se encuentran, se conviertan en miembros útiles para nuestra nación.

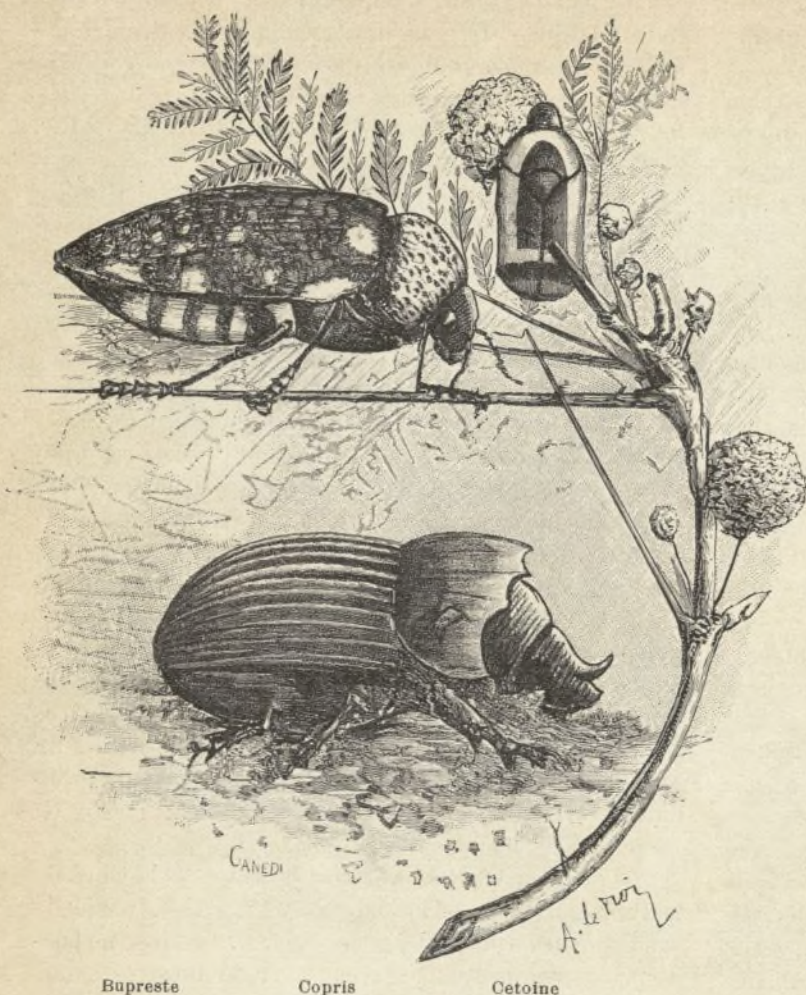
Por todos motivos digna de aplauso es la iniciativa del ilustrísimo señor Obispo de Puebla en su novena Carta pastoral, para propagar la Religión entre los indios del Estado de Puebla sustraídos á la fe.

En aquélla hemos leído, con el mayor júbilo, que no solamente se contrae á desarrollar ideas generales sobre tan importante materia, sino que organiza el señor Obispo un cuerpo de misioneros de su diócesis para emprender la conversión de los indios.

He aquí algunos de los más importantes párrafos de su hermosa Pastoral:

«Gracias á Dios Nuestro Señor que, con su divino favor, hemos logrado organizar la Compañía de Misioneros con sacerdotes de la diócesis que, prontos á las insinuaciones hechas por Nos, ponen á nuestra disposición, además de la promesa deliberada de obediencia que hicieron en su ordenación, sus servicios sacerdotales en calidad de misioneros para ayudarnos en el ministerio pastoral.

«Por tan generosa espontaneidad, sin hacer mérito de sus servicios ni tratar de remuneración pecuniaria por sus futuras laboriosas tareas, les hemos apropiado el honorable título que bien merece su abnegación, muy digna de la Institución y de la vocación y espíritu sa-



AFRICA ORIENTAL.—Insectos del Kilima-Ndaro (tamaño natural)
(Pág. 499)

cerdotal, llamándolos: PADRES OBLATOS DEL SANTÍSIMO REDENTOR.

«*Motivo de esta Institución de Oblatos.* Es suplir la falta del apostólico misionero Religioso. Así lo expresamos en nuestra octava Carta pastoral, de cuyo documento, página 9, copiamos lo siguiente: «Durante el tiempo que aplacemos para emprender nuestra segunda Visita, nos ocuparemos también en organizar la Misión que, para las parroquias mixtecas, nos pueda auxiliar con sus apostólicas tareas; y otra destinada exclusivamente para los pueblos en donde los fieles hablan mejicano. Cuánta sea la necesidad de estos medios, repetimos, para la salvación de tantas almas y para curarlas de sus muchas enfermedades morales, sólo puede estimarla quien ha palpado sus llagas. «¡Dios Nuestro Señor nos conceda su gracia para gobernar con acierto y disponer con discreción lo que tanto deseamos!»

«A esta misma necesidad de abnegados misioneros aludimos, cuando en nuestra sexta pastoral nos referíamos á «aquellos pueblos, congregaciones y familias de aldeas más aisladas y retraídas, muy especialmente á las mujeres, que no se comunican con pueblos de tráfico, ni se relacionan con personas que puedan ilustrar su ignorancia, porque no hablan sino el idioma mejicano muy adulterado y mutilado, y entretenidas en tal rutina de trabajo mecánico, como el de sus pa-

«dres, esposos é hijos que moran de ordinario en la montaña, cortando madera, bajando nieve y azufre y fabricando carbón, con olvido de sus intereses espirituales. «Son tan débiles y superficiales las creencias y conocimientos más indispensables para conseguir la eterna salvación, entre estos infortunados, como la fe vacilante del neófito; sus usos tan percuridos y empañados, como lo están el decoro y la modestia de los que renuncian su reputación y hacen ostentación de sus miserias con afrenta del pudor natural; con tal servidumbre y envilecimiento á la amenaza del fatal Brujo, que no sacuden su degradada condición, no obstante las pesadas cadenas que soportan y arrastran con mengua de su dignidad racional. ¡Cuán cierto es que los hábitos forman costumbres! Y que éstas cuando traban relaciones y estrechan vínculos en sociedad buena ó no moralizada, no pueden fácilmente romperse sus enlaces, ni humanamente prometerse un éxito feliz en cuanto á desarraigarlos... La presencia de esas necesidades morales nos urge á pesar de la condición de los tiempos y la esterilidad de los medios, como son, carecer de sacerdotes de *Propaganda Fide*, y sin esperanza de aprovecharlos próximamente por la hostilidad del Gobierno á las Comunidades religiosas, y no obstante... haremos lo que nos sea dado en favor de nuestros hermanos.»

«Con sobrada razón dijimos en nuestra octava Carta pastoral que estas necesidades ni eran tan locales al pie de la Sierra Nevada y de Zapotlán, ni tan circunscritas á la diócesis de Puebla, que sólo en ella tenga que lamentar un Obispo ignorancias doctrinales, errores idolátricos, supersticiones, maneras de vida y costumbres tan abyectas y degradadas como de salvajes y bárbaros. «Sí, en verdad, no es necesario ir al Nayarit ni á



AFRICA ORIENTAL.—El graphiurus capensis. (Pág. 499)

«la isla del Tiburón de la Baja California para encontrar sus parecidos; los hay no muy lejos de estas parroquias. Por tanto, disculpamos de buena voluntad á las personas que por falta de experiencia «estiman como exageradas nuestras ingenuas narraciones; pero les hacemos presente, sin imponernos como «irrefragables, que nosotros hemos avanzado de donde «no hay caminos, carriles y fácil comunicación, y que «hemos transitado por profundas barrancas, como la de «*Ramales*, cuyos fondos son un abismo; que hemos comunicado con individuos de esas congregaciones im- «béciles, y que si alguna vez por allá brilló esplendorosa la luz del Evangelio, esa luz se apagó por falta «de instrucción religiosa y de buen ejemplo.» Y ¿por qué, nos podréis interrogar, tanta insistencia en este medio de las Misiones para difundir la enseñanza y restaurar la instrucción religiosa y la moral cristiana? Os respondemos con un sabio escritor: «Porque las Misiones, amadísimos diocesanos, no son otra cosa que una «embajada que os manda Dios por sus ministros, los Padres misioneros, para haceros conocer su santísima «voluntad é instruiros en lo concerniente á vuestra «eterna felicidad.» La Santa Iglesia en general y sus Pastores en particular, como ya lo hemos expresado en nuestras Cartas pastorales, que no anhelan, en unidad de régimen y en virtud de su divina misión, sino el bien común, la regeneración espiritual y la práctica de buenas obras para alcanzar la paz y la felicidad en el tiempo y en la eternidad, consagran sus afanes á la adquisición de tan loables objetos. He aquí el fin de las Misiones y de los demás medios morales que se ponen en práctica para mejorar y salvar al hombre en lo temporal y espiritual.

«Así fué en los primeros siglos de la Iglesia fielmente desempeñada por todos los Obispos y sacerdotes, por cuyo ministerio entraron al gremio de la misma Iglesia católica todas las naciones cultas del antiguo mundo, así como la mayor parte de los pueblos que, bárbaros entonces, hoy son los más civilizados de la tierra. Descubierta el Nuevo Mundo y abiertas á las conquistas de la fe las vas-

tas regiones de la América Central, Austral y Septentrional, volaron en alas de la caridad aquellos mensajeros de paz, miembros celosos y abnegados de Comunidades é Institutos religiosos, en busca de infieles y de salvajes, atravesando escabrosísimas cordilleras, ásperas selvas, y soportando mortíferos climas para transformar á seres tan desgraciados, mediante la predicación y administración de los Santos Sacramentos, en hombres cristianos y civilizados, convirtiendo sus feroces y groseros instintos en formas y maneras delicadas, y haciéndolo practicar las más sublimes y heroicas virtudes cristianas.»

¡Qué consolador es ver á un prelado tan virtuoso y sabio como el Ilmo. Sr. Vargas continuando la obra grandiosa de los Motolinía, Gante y Vasco de Quiroga! Ciertamente es que la excelente iniciativa del señor Obispo de Puebla se limita á trabajos para la diócesis que gobierna, y que las mayores necesidades de evangelización se experimentan en los Estados fronterizos del Norte y Sur de la República; pero en primer lugar, principio quieren las cosas, y en segundo, hay que advertir que también en ciertos lugares cercanos á nuestras cultas ciudades se encuentran no pocos infieles, como el Ilmo. Sr. Vargas lo hace saber en el texto que hemos transcrito, y que es del todo urgente traer al Cristianismo, primeramente por ser esto al pronto lo más practicable. Otros señores Obispos harán lo que el de Puebla, como tenemos noticia del de Chilapa, y entonces la obra de la propagación de la fe en Méjico no será un simple *desideratum*, como en la actualidad.



AFRICA ORIENTAL.—El cuervo de cuello blanco, en el Kilima-Ndjaro (Pág. 499)

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY

MISIONERO APOSTÓLICO

XXI.—El monte Kilima-Ndjaro

Ojeada general.—Clima.—
Constitución geológica.—
Flora.—Fauna.

DESPUÉS de haber seguido al misionero errante por las laderas del Kilima-Ndjaro, complacerá sin duda al lector hallar aquí como en resumen las diversas nociones

recogidas sobre la célebre montaña, sobre su clima, constitución geológica, flora, fauna y habitantes.

Situada á 3° de latitud al Sur del Ecuador, y teniendo una altura de algo más de seis mil metros sobre el nivel del mar, esta montaña comprende toda suerte de climas. Abajo la llanura semidesierta y seca, abrasada, cubierta de gramíneas ligeras, á la que apenas dan sombra las hojas de la acacia ó el tortuoso ramaje de pequeños árboles. En los bosques que señalan el curso de los ríos ó la presencia del agua en el subsuelo, siéntese el mismo calor tropical, pero templado por el follaje y la humedad de la atmósfera. A medida que se sube cambia el clima, y en tres días pueden compararse la temperatura de los trópicos con la del polo: templada de ochocientos á mil doscientos metros; más arriba, húmedo ya y cada vez más fría hasta mil ochocientos metros, donde cesan gradualmente las últimas habitaciones, y donde, sobre todo en ciertos distritos, son más los días lluviosos: más arriba vense todavía escasos cultivos; más arriba aún, hasta dos mil trescientos metros, hay el bosque virgen, donde reinan humedad continua y frío penetrante, con una primera línea de mesetas, ó, si se quiere, de altas praderas cubiertas de nieblas que no se desvanecen un día sino para renovarse al siguiente. Ascendiendo más, se hallan las estribaciones de la montaña propiamente dicha; luego la meseta superior, y por último la región de las nieves perpetuas, cuyo límite se eleva en Islandia á seiscientos diez metros, y desciende aquí hasta cuatro mil cuatrocientos metros. En resumen, según el Dr. Hans-Meyer, un calor de 35 á 40° centígrados en la llanura, y en el Kibo un frío de 16°.

El circuito de la montaña es de unos doscientos setenta kilómetros, doble que el Etna, y «sus pendientes inferiores nutren una población de más de trescientas veinte mil almas. (E. Reclus).» Es toda de naturaleza volcánica, como la mayor parte del país masaia, del que señala la entrada desde las montañas graníticas del Nguru hasta las de la Abisinia, y en más de un punto están todavía en actividad las fuerzas de la naturaleza. Empero en el Kilima-Ndjaró, á excepción de raras y ligeras sacudidas, todo parece tranquilo para mucho tiempo. El Kibo (El Blanco) y el Kima Uenzé (¿El Monte Camarada?) son dos cráteres, midiendo hoy el último unos setecientos metros menos que el otro.

Solo con el austriaco Putshetter, el doctor alemán Hans-Meyer pudo subir al Kibo cortando escalones en el muro de hielo que impide el acceso. Según él, el cráter tiene dos millas de ancho. La nieve abunda constantemente allí más de lo que hubiéramos creído. Cuando, después de una prolongada permanencia en Africa, hállase uno en frente de ese espectáculo, como Rebmann entona maravillado el cántico de Daniel: *Benedicite, montes et colles, ignes et aestus, glacies et nives, Domino!*

La capa blanca no es siempre igual. Además de que en Octubre desciende hasta cuatro mil trescientos metros, para volver á subir mucho más alto en Julio y Agosto; á veces por la tarde vense grandes manchas

negras, que el día siguiente vuelven á presentarse cubiertas, por haber nevado durante la noche. Este fenómeno tan sencillo es uno de los que más preocupan á los negros de los alrededores y á los que vienen de la costa. Como ninguno de ellos conoce la nieve, creen que el cambio de color es obra de un poderoso genio. En el vértice del cráter se ve con frecuencia un punto que brilla como un diamante enorme, y es lo que llaman la *estrella del Kibo*.

El Norte de la montaña no ofrece ninguna corriente de agua considerable, y presenta una serie de contrafuertes cubiertos de hierba fina y bosquecillos vírgenes; mientras al Sur prodigiosa multitud de riachuelos, cascadas y arroyos justifican perfectamente el nombre que las gentes de Toveta dan á este país: *Montaña del Agua*, de *Kilima*, montaña, y *Ngare ó Ngaro*, agua, convertido en *Ndaro* y *Ndjaró* en boca de los viajeros.

Estas corrientes toman tres direcciones distintas. Del Oeste bajan los afluentes del Tsavo, que va á reunirse al Azi, del país Kamba, para formar con él el Sabaki: la embocadura está un poco al Norte de Malindi. Del Sur caen todos estos ríos, que, reunidos en uno solo más allá de Kahe, forman el Ruvu (el Río Grande), que se echa al mar en Pangani. Por último, corre al Oeste otro río que lleva el nombre masaia de *Ngore n' cirobi* (Agua fría), que va á perderse en el desierto. De todos estos ríos los más notables son el Lumi ó Mfuro, cuyas aguas fertilizan el oasis de Toveta y se echan en el lago Dyipé, para salir de él en seguida rodeando la punta Norte del Güeno; luego el Soko, descubierto por el Sr. de Eltz, y que sale de un montecillo de la llanura cargado de orín de hierro; por último el Weru-Weru (río Negro), llamado así por el color de las piedras de su cauce.

Es digno también de mención el lago Tchala ó Tchara, que se halla al Este en el fondo de un cráter apagado. Es de forma circular, muy profundo, completamente abrigado contra los vientos: el aspecto de esta masa de agua tan tranquila, tiene un no sé qué de imponente y misterioso que no deja de causar impresión en el ánimo de los indígenas. En él hay muchos cocodrilos, pero pocos peces. Su exploración completa la hizo recientemente una señora inglesa, miss French Sheldom, acompañada de nuestro amigo el Dr. Baxter, y su viaje dió mucho que hablar. Por mi parte he leído con asombro la relación sumaria que de él hace un periódico, llamando la atención de sus lectores sobre la intrepidez con que esta señora pasó con su embarcación «¡desde el Tchaga al Tanganika, explorando cuidadosamente los grandes ríos del Africa Central que de allí descienden!...»

Con tanta variedad de temperaturas, fácil es imaginar cuán rica debe ser la flora del Kilima-Ndjaró. Esta montaña es en realidad una especie de anfiteatro inmenso, donde están expuestos los ejemplares más diversos de las plantas con que el Creador ha enriquecido la tierra. ¡Abajo el loto y el plátano, y arriba el laurencisco y la siempreviva!

Recogí al paso unas seiscientas plantas (de las que sólo la mitad llegaron á la costa, pues las demás se perdieron durante el viaje), que mi compañero y exce-

lente amigo, el P. C. Sacleux, en Zanzíbar, se tomó el trabajo de clasificar, habiéndose publicado ya la lista de ellas. Pero mis lectores, si la reprodujese aquí, hallarían hartos nombres bárbaros, aunque latinos. Sin embargo, por extraño que uno sea á los misterios de la botánica, no puede pisar sin un asombro mezclado de no sé qué gozo íntimo y emoción, en este centro del Continente Negro y bajo los fuegos del Ecuador, esos bosquecillos de clemátides (1) que adornan la orilla de los caminos, esos ranúnculos soberbios, esas hileras de resedas silvestres (2) que cubren las colinas del Kilema, esa humilde violeta que se adhiere á los troncos carcomidos del grande bosque virgen, esos geranios refugiados en las altas mesetas, esas seis especies de graciosas balsaminas que forman á los riachuelos doble marco de variadas flores, ese pequeño trébol (3), perdido entre la espesa hierba por donde saltan los carneros y cabras, esas mismas zarzas (4), cuyo fruto esperan los muchachos con impaciencia que se coloren y ennegrezcan, esas begonias de flores glaciales, esas umbelíferas, esas escabiosas, esos gladiolos, esos grupos de ajenos, esa hierbacana, esa lechuga (5), esas verónicas (6), ese llantén, brezos, licopodios, helechos, pulmonarias y musgo, toda esa flora conocida y amada, recuerdo de la patria ausente, junto con las palmeras, dracenas y plátanos cultivados y silvestres, baobales enormes, orquídeas extrañas y asclepiádeas que recuerdan que, aunque nos creamos transportados á Europa, no hemos salido de Africa. En las primeras pendientes se halla asimismo una planta carnosa, original, perteneciente al género sarcófita. Es digno de notarse, por lo que se conoce de Abisinia, del Cabo del Ruwenzore y de Camerón, que la flora del Kilima-Ndjaró es muy semejante á la de aquellos países, pudiendo afirmarse que las grandes alturas de Africa tienen comunes la mayor parte de las plantas.

La fauna no ofrece tanta variedad como la flora, ni excita la misma sorpresa.

Sin embargo, la colección de conchas que recogí en diversas alturas de la montaña me ha valido del Sr. Alfredo Grandidier, miembro del Instituto, una carta sobrado lisonjera, es cierto, pero muy interesante para los que no son indiferentes á tales materias. Transcribo á continuación sólo lo que tiene relación con el Kilima-Ndjaró y á la expresada colección especial:

«El docto especialista Sr. Bourguignat ha examinado la colección de conchas que tuvo V. la feliz idea de recoger en su interesante viaje:

«He aquí sus nombres:

ESPECIES DE LA PARTE BAJA DEL MONTE

Planorbis Courmonti, species nova.—*Vicipara unicolor*.—*Cleopatra Kinganica*.—*Cleopatra Letour-*

(1) *Clematis Thunbergii*, Steud.; *Clematis grata* Wall.

(2) *Caylusea Abyssinica*, Fisch. et Mey.

(3) *Trifolium polystachium*, Fressen; *trifolium Johnstoni*. Oliv.; *trifolium subrotundum*, Steud.; *trifolium Kilimandjaricum*, Taub.

(4) *Rubus dictyophyllus*, Oliv.

(5) *Lactuca (Abyssinica)*, Fressen.

(6) *Veronica anagallis*, L.; *veronica myrsinoides*, Oliv.

neuxa.—*Cleopatra Le Royi*, sp. nov.—*Melania tuberculata*.—*Melania Courmonti*, sp. nov.

ESPECIES RECOGIDAS DE DOS MIL METROS ARRIBA

Helix Le Royi, sp. nova.—*Helix Courmonti*, sp. nova.

«Total: cinco formas nuevas, lo que es ya muy interesante. Pero lo que más ha satisfecho al Sr. Bourguignat, es que estas formas confirman enteramente sus teorías. Así todas las especies recogidas al pie de la montaña son formas del centro africano, mientras que las otras dos recogidas dos mil metros arriba ya no son africanas, sino europeas, y semejantes á dos especies de los Alpes y de Transilvania, habiendo tomado la forma europea por la influencia climatológica del lugar elevado donde viven. El Sr. Bourguignat había ya notado este hecho á propósito de las especies alpestres de Abisinia...»

A estas particularidades de mi benévolo y docto amigo nada tengo que añadir, sino mi agradecimiento por la manera original de transmitir á la inmortalidad un nombre tan humilde como el mío, inscribiéndolo, por así decirlo, en la concha de un caracol. ¡Ea, pues, iremos lejos, si la bestiezueta no se detiene!

Los insectos arácnidos, dípteros, hemipteros, mariposas, himenópteros, etc., parecen menos variadas de lo que pudiera creerse. La mayor parte de las formas recogidas hasta el presente corresponden á especies muy abundantes en Africa, tanto en las llanuras como en las montañas, y la granítica de Nguru, donde los misioneros han recogido tantas cosas nuevas, es más rica que el mismo Kilima-Ndjaró. Merecen mencionarse, sin embargo, diversos carabos, escarabajos y buprestes, que examina uno siempre con interés. (V. el grabado de la pág. 496).

En los ríos es común una especie de cangrejo plano, que se halla también en Mrogoro y otros puntos. Johnston dice que no hay allí peces; pero es porque no visitó el Oeste de la montaña, donde los ríos están muy poblados de ellos á causa de que los indígenas no los comen. Las especies pertenecientes á las ciprinoideas son poco variadas.

En la parte baja de la montaña, donde viven cinco ó seis especies de serpientes, vi un camaleón notable, y en el lago Tchala es común el cocodrilo.

Johnston y Fisher han hallado seis especies nuevas de aves. Notaré las nectarinas, los gorriónes, un cuervo grande de cuello blanco (V. la pág. 497), tres colaos, un magnífico turaco muy común también en el Nguru, excesivo número de francolines, pintadas, codornices, tórtolas, pichones, buitres, águilas, etc. Hállase asimismo la gallina, que crían aquí exclusivamente para el gallo, pues los indígenas, que no comen pescado, tampoco admiten los volátiles creyendo, como los masaias, que este alimento es indigno de ellos; pero gústales oír por la mañana el canto alegre del príncipe de nuestros corrales.

Entre los mamíferos que frecuentan la montaña merecen citarse algunas gacelas, dos ó tres especies de antílopes y en particular el bosélafo Canna, el rinoceronte de dos cuernos, el jabalí, el elefante y el búfalo.

En el bosque un roedor pequeño, llamado *mbelele* (*hyrax* de Abisinia) es harto común, pero también muy activamente perseguido. Con su piel hacen los indígenas buenos abrigos con que se cubren la espalda. Una bestezuela con cola que parece una escoba, del tamaño de un ratón, vive en las cabañas, visitadas también por las ratas. La hiena ronda las aldeas; en la espesura se esconden muchos felinos pequeños, y á veces óyese aún el león; pero el leopardo tiene aquí un atrevimiento que es la desesperación de los pastores. No faltan ciertamente murciélagos, lemuras, monos,

tradicional española levantando en Madrid un templo al error y parodiando sacrilegamente una de las ceremonias más santas de la Iglesia católica. Grande debe ser la corrupción en nuestra patria, merced á la negligencia de unos y á los pecados de todos, para que haya sido posible tamaña afrenta. Lavémosla pronto los hijos del Pilar, más que con protestas, con la oración fervorosa y la acción enérgica, aunando las fuerzas de todos, y trabajando con ahinco, desinterés y perseverancia hasta arrojar de nuestro suelo la impiedad y la herejía, para que vuelva á reinar, con exclusión de todo resabio herético, la fe santa é inmaculada que vino á predicarnos nuestro ínclito Patrón y Apóstol Santiago.



ABISINIA.—Casa de las Religiosas, de Massaua. (Pág. 502)

cinocéfalos, cercopitecos y colobes: uno de estos últimos particularmente es soberbio con su piel negra y blanca y su larga cola de penacho, que veremos otra vez en los bosques de Kahe.

LOS PROTESTANTES EN ESPAÑA Y EN EL EXTRANJERO

LA hora en que las personas más buenas é ilustradas de Europa y América que han nacido entre las preocupaciones del Protestantismo, abren los ojos á la luz de la verdad, algunos apóstatas con el dinero extranjero y el auxilio de las sectas ultrajan la fe

Los periódicos del Canadá han hecho pública la conversión al Catolicismo del R. M. Finlow Alexander, ministro anglicano en Fredericton, famoso en el país por sus profundos conocimientos científicos. *La Vérité*, de Québec, publica la carta en la que el ilustre convertido se despide de los feligreses de las tres parroquias anglicanas que regentaba.

Así termina la carta de Mr. Finlow:

«Miradas las cosas desde el punto de vista temporal, me arruina lo que acabo de hacer. He perdido mi casa, mis amigos, mis medios de vivir, todas mis conveniencias, hasta las íntimas relaciones que hacen tan agradable la vida. Todo lo que he ganado se refiere al orden espiritual; pero he debido hacerlo en conciencia, y jamás me arrepentiré de ello.»

¡Cómo contrasta esta noble conducta con la del infeliz portaestandarte de los renegados en España!

El periódico protestante alemán *Kirchenzeitung* dice en uno de sus últimos números:

«Nosotros los protestantes estamos divididos y nos envidiamos unos á otros. Carecemos de autoridad moral; y como nos falta la de la Iglesia, somos impotentes para ganar las almas á la verdad; mientras que la Iglesia Romana ocupa todo el círculo de la vida pública, el centro y la circunferencia, y se apodera de la política, de la cuestión social y de la prensa.»

Los pastores evangélicos se juzgan á sí mismos. Oigase como se expresa uno de los principales.

«No se puede negar que la Iglesia de Roma hace progresos alarmantes en las Indias. Unidos en un cuerpo como una falange macedónica, los católicos avanzan siempre y ganan victoria sobre victoria. Como Iglesia, la Iglesia Romana crea una impresión favorable. Al menos ofrece el espectáculo de una Iglesia que es verdaderamente una. No tiene más que una creencia. Sus sacerdotes y sus fieles no se contradicen abiertamente. Lo que uno profesa como artículo de fe, el otro no lo niega. *Por su organización nos sobrepuja mucho. El superior de nuestro establecimiento eclesiástico es nombrado por el Gobierno, y es ordinariamente algún funcionario del Estado.* A la cabeza de las Misiones romanas se halla un Obispo, nombrado por el Jefe de la Iglesia católica y reconocido por el Gobierno. Este Obispo es generalmente un misionero que ha envejecido en el país; posee una autoridad real. El desinterés de los sacerdotes romanos es verdaderamente admirable.

«Las Misiones católicas tienen escuelas en todas las ciudades. Esas instituciones son magníficas. Todo el mundo las admira, y muchos protestantes no vacilan en instruir á sus hijos en los conventos.

«Las Religiosas educan las hijas que les son confiadas, con mucho tacto, y es raro hallar una de sus discípulas que no hable de sus Hermanas con gran afecto.

«El celo con que los sacerdotes romanos visitan los hospitales y las prisiones, merece todo elogio. Los pobres proclaman unánimemente su caridad y su espíritu de sacrificio. De ahí viene que el público y el Gobierno tengan una opinión favorable.»

Un autorizado periódico dice textualmente:

«Son muy comentadas las noticias que los diarios de Londres han reproducido, diciendo que varios pastores anglicanos han elevado una súplica á Su Santidad para que haga examinar por una Congregación de Cardenales la cuestión de la Iglesia anglicana. Los firmantes demuestran la convicción de que el establecimiento de una Iglesia anglicana, unida con la Santa Sede, divorciaría poco á poco los ánimos de las gentes de la Iglesia protestante. Esto prueba, por lo menos, la necesidad que los protestantes sienten de volver al centro de la unidad religiosa.» Luego añade el citado periódico: «Ulteriores informaciones nos hacen concebir las más halagüeñas esperanzas sobre la aproximación de

Inglaterra á la Iglesia católica, y auguramos que está reservado el augusto anciano León XIII el consuelo de ver á la isla de los Santos postrada á los pies de la Cátedra de San Pedro.»

CRÓNICA

Roma.—Se ha celebrado la primera Conferencia de los Patriarcas orientales unidos. Ha presenciado la sesión Mons. Veccia, secretario de la Propaganda para el rito oriental, y hablaron el cardenal Langénieux, arzobispo de Reims, y los Patriarcas sirio y melkita y el delegado del maronita. Su Santidad habló por dos veces, y anunció que las sesiones continuarán dentro de una semana.

León XIII quiere establecer en Oriente tres grandes Seminarios católicos para jóvenes que sean de Iglesias de diferentes ritos.

Alemania.—Se ha abierto en Berlín un nuevo templo católico dedicado á San Pío V. Lo consagró el cardenal Kopp, arzobispo de Bresláu. Asistieron los Dres. Bone y Megrel, ministros del Emperador, y alternaban en el decorado de la fachada de la nueva iglesia las dos banderas alemana y pontificia. El Emperador, para celebrar la conclusión del monumento, ha concedido condecoraciones al Párroco y al arquitecto.

—En Mulheim, ciudad de treinta mil habitantes, á cuatro kilómetros de Colonia, sobre la orilla derecha del Rhin, se celebró la procesión fluvial del Corpus de una manera muy original. Un barco magníficamente empavesado condujo al clero y al celebrante que llevaba el Santísimo Sacramento. Los fieles y las Cofradías acompañaban como humilde cortejo en otros barcos al Señor, cantando todos himnos sagrados durante la lenta travesía del río.

Llegado el momento determinado de antemano, se detuvo el barco, y el sacerdote que llevó el Santísimo bendijo á la multitud en el silencio más profundo y religioso. Después retumbó el cañón, y la procesión desembarcó en las riberas del Mulheim.

Inglaterra.—Los periódicos católicos de Londres anuncian que el cardenal Vaughan espera colocar la primera piedra de la nueva catedral el 29 de Junio del año próximo, festividad de San Pedro y San Pablo.

El terreno donde ha de construirse el nuevo templo católico fué adquirido por el llorado Cardenal Manning en la suma de 75,000 francos. Hoy vale cinco veces más.

—Gracias á la generosa iniciativa del Duque de Norfolk, al ilustre cardenal Newman le será erigida una estatua en Oxford, frente al Colegio de la Trinidad, del que fué distinguido discípulo el virtuoso Cardenal. Esta es la primera vez que un Purpurado de la Iglesia romana se ve honrado públicamente en Oxford, ciudad esencialmente protestante.

—Los Dominicos ingleses han fundado el nuevo convento de Hawkesyard en el Stafor-hire. Este convento, situado en una posición encantadora, cercado de bellísimos jardines y de construcción muy sólida, es debido á la generosidad de su último poseedor, el rico propietario Josías Spode, protestante convertido, y después de algunos años de su conversión, fervoroso terciario dominico. A su muerte, acaecida el 22 de Diciembre de 1893, legó á los Padres Dominicos la casa en donde vivía.

El Rdo. P. Fr. Antonio Williams, prior de Woodchester, ha sido nombrado Superior de Hawkesyard, convento que está destinado á casa de estudios para la provincia dominicana de Inglaterra.

—Gran número de católicos ingleses propónense celebrar el centenario de la conversión de Inglaterra al Catolicismo en el reinado de Ethelberto, y para perpetuar este recuerdo se construirá en Slough una nueva iglesia.

Tierra Santa.—Una carta del Monte Carmelo da cuenta de la solemne bendición del monumento levantado por algunas señoras de Chile, á la Virgen del Carmelo, en la montaña del mismo nombre el día 16 de Julio.

Después de la función de la tarde en la iglesia del convento, en la que se cantó una solemne letanía y se dió la bendición con el Santísimo Sacramento, salieron en procesión, cantando el *Ave, maris Stella*, los Carmelitas, los Franciscanos de Nazaret que fueron á oficiar en el día de la fiesta, algunos curas griegos y maronitas, los Hermanos de las Escuelas cristianas, el Cónsul de Francia y Vicecónsul de Holanda, y cerca de cuatrocientas personas que acudieron al tener noticia de la función que se preparaba. El Padre Vicario del Monte Carmelo, revestido de capa pluvial, bendijo el monumento, y el P. María Francisco, carmelita descalzo español, hizo el discurso referente al acto. Luego se cantó una solemne *Salve*, con harmonium, ante la estatua del monumento, y concluida que fué se entonó el *Magnificat*, que prosiguieron en procesión hasta la iglesia del convento.

El monumento se levanta sobre una plataforma de piedra labrada, y lleva tres gradas de mármol, un cuerpo ó base de bronce con algunas inscripciones y las armas de Chile, la columna del mismo metal y la estatua de la Virgen del Carmen también de bronce dorado, siendo la elevación de todo el monumento de unos ocho metros. Levantado éste en medio de la espaciosa plaza que hay delante del convento y en el mismo *Cabo Carmelo*, por su elevación y posición junto al mar, podrá ser saludada la Virgen del Carmen, verdadera estrella de los mares, por los buques y demás embarcaciones antes de llegar al puerto.

—Los Dominicos tienen fundada en Jerusalén desde hace muchos años una escuela para estudios bíblicos, bajo la dirección de los sabios PP. Lagrange y Sejourné, uno de los hombres que mejor conocen todo lo que se relaciona con la historia de la Tierra Santa.

Se anuncia que esta escuela va á ser elevada á colegio, y en ella se conferirán grados teológicos, en las mismas condiciones que en el tan conocido Colegio de la Minerva en Roma.

En aquel Colegio hay preciosas colecciones, que cada día ilustran más la historia de la Tierra Santa.

—Se ha convertido al Catolicismo en Jerusalén un pastor calvinista, que piensa entrar como alumno en el Seminario francés de San Sulpicio.

Tung-king.—El eminente viajero Romanet de Caillaud, hablando de los orígenes del Cristianismo en los países anamitas, demuestra que el nombre de Cochinchina, que en el siglo XVII fué substituído por el de Tung-king, designaba al principio á todos los países anamitas. Estos, en efecto; eran llamados Gia-tchi por los indígenas; los chinos pronunciaban Cao-jehi y los malayos Cotchy, de donde se deriva Cochinchina. Por lo tanto, este nombre fué exclusivamente aplicado á las provincias conquistadas en Champa; hoy no se designa con este nombre más que la colonia francesa de Mekong.

En el siglo XVI el imperio de Anam se turbó por las competencias de las dinastías de Mac y Le. Entonces se llamó á los misioneros cristianos al mismo tiempo que el Tung-king de los Maes estaba visitado por los Franciscanos de Filipinas. Estas Misiones no tuvieron resultados inmediatos. Solamente en 1590, con la llegada de Pedro Ordóñez de Ceballos, se multiplicaron las conversiones en Cochinchina. La princesa de Champa recibió el bautismo y fundó el convento de la Inmaculada Concepción, del cual fué abadesa.

Ordóñez continuó su Misión en las costas anamitas, donde contó con gran número de conversiones, y después volvió á América á su antigua diócesis de Santa Fe de Bogotá. Los éxitos continuaron durante algún tiempo en Cochinchina, por Misiones españolas y portuguesas; pero las creencias locales no tardaron en sofocar estos primeros gérmenes del Cristianismo.

En 1627 el Rdo. P. de Rhodes, de la Compañía de Jesús, no encontró más que un solo católico en Tung-king. La princesa de Champa había muerto hacia algunos años, y los indígenas que recibieron el bautismo desaparecieron sin transmitir la fe católica á sus descendientes.

Abisinia.—Uno de los veteranos de la Misión de Abisinia, el Rdo. P. Picard, nos escribe algunos detalles sobre el estado de su Misión, acompañándolos con un grabado que representa la casa de las Hermanas de la Caridad establecida en Massaua. (V. pág. 500).

«Quinientos pueblos en el Akaleguzai, el Seræ, el Hamacene y los países Rojos están prontos á hacerse católicos. Para obtener este resultado necesitan celosos misioneros y recursos para edificar iglesias.

«Los italianos, hace tres años instalados en Massaua, se han apoderado de tres provincias de Abisinia y de doce tribus nómadas. En todos estos países hay católicos, cismáticos, musulmanes é infieles. Esta es la herencia que el Padre de familias encomienda á los Hijos de San Vicente de Paul, con el resto de Etiopía. La Misión católica tiene veinticinco iglesias diseminadas en todos estos países, y veinte misioneros y treinta sacerdotes abisinios para evangelizar tan extensas comarcas. Tenemos que visitar á los enfermos, acoger á los huérfanos, hacer bien á todos para ganarlos á todos á Jesucristo.

«En el Santo Sacrificio oramos para que el Señor proteja, santifique y haga felices á los protectores de estas Misiones.»

Madagascar.—A la amabilidad del Rdo. P. Denjoy, de la Compañía de Jesús, procurador de la Misión de la isla malgache, debemos el grabado de la pág. 489, que representa la casa Misión y escuela de Hell-Ville, capital de Nossi-Be. En la carta con que lo acompaña nos participa que en otros puntos de Madagascar se trata de levantar iglesias, hospitales y escuelas, servidos por Hermanos y Religiosas europeos.

Zanguebar.—El Ilmo. Courmont, á quien ya conocen nuestros lectores por el interesante relato que venimos publicando sobre el Kilima-Ndjaró, nos envía el retrato del sultán de Zanzíbar, elegido el 6 de Marzo de 1893. El día anterior, á las siete de la noche, exhaló el último suspiro el sultán Seyid-Alí. Preveíase una competencia á mano armada entre Seyid-Haleth y Seyid-Hamant, mas los ingleses, fuertes en su derecho de protectorado, obraron como dueños. Para evitar la colición sangrienta que amenazaba producirse en la puerta del palacio entre los partidarios de los dos rivales, lo ocuparon militarmente. Mientras obligaron á cada uno de los pretendientes á permanecer en sus casas, entronizaron un nuevo candidato, creando sultán á Seyid-Hameth-ben-Sweni. (V. pág. 481).

Noticias varias.—El P. Brun, de la Compañía de Jesús, acaba de publicar un diccionario siríaco-latino, y el P. Cardelli otro siríaco-arábigo. Ambos orientalistas pertenecen á la Misión que actualmente predica el Evangelio en Palestina.

—Ha fallecido en China Mons. Timoleón Reimondi, vicario apostólico de Hong-Kong y obispo titular de Acantho, de la Congregación de Misiones de San Calocero, en Milán.

—Ha fallecido en Hong-Kong (China) la Hermana de la Caridad Ana Pereira, víctima de su extraordinaria solicitud en la asistencia de los atacados de la epidemia.

—El Cardenal Gibbons reunirá en los Estados Unidos un Congreso Eucarístico, á petición de 78,000 católicos. Se celebrará después que el Cardenal regrese de Roma.

VARIEDADES

LAS ALMAS DEL OTRO MUNDO.—LA ORACIÓN POR LOS DIFUNTOS

HALLÁNDONOS en el mes dedicado á la devoción de las almas del purgatorio, creemos será del agrado de nuestros lectores que transcribamos el siguiente hecho que publica el *New-York Herald*, en que se manifiesta la misteriosa intervención de la Divina Providencia cuando por la salvación de un alma se-

para los obstáculos insuperables que existen entre el mundo material y el de los espíritus. Habla el sujeto á quien acaeció el hecho sobrenatural:

Soy sacerdote en Londres, y mi feligresía es muy extensa y poblada. Tengo dos vicarios, y aunque conocemos á la mayor parte de nuestros feligreses, no es posible conocerlos á todos por el continuo movimiento de población.

El sábado 3 de Noviembre de 1888 trabajé más que de ordinario, y á las diez de la noche comenzaba á rezar en mi Breviario, cuando la campanilla resonó con violencia. Acudí á la puerta, y vi á mi criada que hablaba con una señora de edad que, con acento humilde, rogaba que fuese pronto un sacerdote á proporcionar los auxilios espirituales á un joven, que residía en tal calle, número y casa, que estaba en peligro de muerte.

Preguntéla si no podía ir al día siguiente, pero replicó con insistencia que mi ida no se demorase un solo instante. Confieso que estaba muy cansado después de un día de mucho trabajo; escribí en una pizarra las señas del domicilio del joven, y aun no dejé de indicar á la señora con la posible bondad por qué no había venido más pronto. Como esto la produjese pena, la prometí ir antes de un cuarto de hora, y entonces en voz baja, pero con indecible emoción, me dijo:

—Dios recompense vuestra caridad y os visite en la hora de vuestra muerte.

La pregunté de nuevo las señas inscritas, y vi que eran las mismas antes dichas.

La despedí, procurando reconocerla como feligresa, pero sus facciones me eran tan completamente desconocidas como su nombre. En menos de diez minutos salí á la calle. La noche, como de Noviembre, la cubría niebla espesa, y las calles se hallaban desiertas. Llegué á la casa indicada y me abrió la puerta una mujer.

—¿Hay aquí un enfermo? la pregunté.

—No señor; esta casa tiene el número tal...

—Pues es el mismo que busco, repliqué, y una señora que ha ido á buscarme me lo ha indicado. Soy el rector de la iglesia de X, y vengo á auxiliar á un moribundo.

—Aquí no hay enfermo alguno, y han engañado á V. equivocando las señas.

Me marchaba confuso, cuando un joven que había oído nuestro diálogo me salió al encuentro y me rogó que descansase junto al fuego de la chimenea, sintiendo que el mal tiempo me molestase.

—Si quiere V. entrar, Padre mío, se calentará.

Como sólo los católicos dicen esta palabra «Padre mío,» preguntéle si había en la casa católicos.

—No, que yo sepa, contestó; y en verdad que yo debía serlo, porque como católico he sido bautizado.

Hablamos algún tiempo, y como era un joven sincero y honrado, supe que hacía diez años no practicaba, aunque conservaba la fe en su corazón. Dios bendijo mis palabras, y después de oír su confesión me separé de él citándole para la mañana próxima.

Al día siguiente, domingo octava de Todos los Santos, esperé á mi penitente, que no se presentó en la iglesia. El lunes vino llorando su criada y me dijo que lo habían hallado muerto en su lecho de una apoplejía al corazón, y según el dictamen del médico, su muerte

debió ocurrir muy poco tiempo después de mi visita, pues el cadáver estaba yerto y rígido.

Fuí á la casa mortuoria; y para concluir esta verídica historia añadiré que rogué por el difunto, expuesto en el salón principal de la casa. Absorto estaba en mi oración, cuando al levantar la vista advertí sobre la chimenea el retrato de la señora anciana que vino á buscarme para auxiliar al moribundo, y mi criada, que me acompañó, también la reconoció. ¡Cuál no fué mi sorpresa cuando supe que aquella señora, muerta años antes de este suceso, era madre del difunto!

La relación de este celoso sacerdote, como hemos visto, es sencilla é interesante, y hechos semejantes se refieren en las hagiografías ó vidas de Santos. Nuestra comunión con la Iglesia purgante es dogma consolador de fe, que nos prescribe amar más allá del sepulcro á las personas queridas que murieron, y nos hace más dulce nuestra propia muerte con la tierna esperanza de volverlas á ver y nunca más separarnos bajo el dulcísimo abrazo paternal de Dios, que bendice los afectos puros del corazón y confirma con su gracia lo que El fundó. Es, pues, natural, útil y justísimo rogar, según nos enseña la Santa Iglesia, por los difuntos.

Roguemos, sí, roguemos por ellos. El Catolicismo nos invita á confundir en una sola plegaria el recuerdo de tantos hermanos nuestros que pisaron un día este suelo que nosotros pisamos, que miraron un día este sol que aun hoy nos alumbra; que como nosotros vinieron, lucharon y sucumbieron.

Roguemos por todos. Por los misioneros abnegados que mueren lejos de su familia en remotas regiones; por el salvaje infeliz cuyo cadáver insepulto devoraron las fieras del desierto; por los soldados que cayeron sin nombre en el horror de los campos de batalla; por tantos pobrecitos como sucumben cada día sin que les cierre los ojos una mano amiga ni rece á sus pies una voz llorosa. La Iglesia, madre amantísima, se acuerda de todos sus hijos, y nos recuerda á nosotros que roguemos por ellos. Y rogar no es sólo el movimiento de los labios ó el gemido del corazón. Rogar es dar al pobre la limosna que alcanza de Dios misericordia; rogar es practicar el acto de abnegación ó de penitencia que ennoblecce y purifica el alma. ¿Quién tendrá entrañas para negarles á sus hermanos de la otra vida el consuelo de la oración? ¡Bienaventurados, ha dicho el Señor, los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia!

LA MUJER EN EL JAPÓN

La mujer, especialmente la madre de familia, es muy difícil de conocer en el Japón, á causa de su género de existencia que la sustrae á las observaciones más superficiales, y sobre la cual nos engañamos por completo, cuando por casualidad se transparenta un lado de sus costumbres.

En efecto, para darse cuenta de aparentes anomalías, se hace necesario cambiar de óptica, colocarse en el punto de vista en que los japoneses ven las cosas, y entonces se comprende que en el Japón y en Occidente haya, para una misma acción, dos móviles diferentes que modifican completamente la significación.

Así, el viajero desprevenido que penetra en el interior del Japón, queda invariablemente sorprendido y hasta escandalizado por la falta de decencia que cree descubrir en las mujeres de ese país.

En las ciudades y poblaciones el frontis de las casas está abierto en el piso bajo, de modo que pueden verse desde afuera la mayor parte de los detalles de la vida, inclusive los de la *toilette*. Los edificios para baños abren sus piscinas á todos sin distinción. ¿Cómo se explican estos hechos?

En la opinión de los japoneses, nada es inconveniente cuando se trata de salud, higiene, limpieza ó comodidad para realizar una tarea útil, un trabajo necesario. En cambio, la menor exhibición de la persona, «para dejarse ver», es el colmo de la inmodestia. La japonesa, que por la mañana se ha bañado en público, no osaría vestir en la tarde los trajes de corpiño ampliamente escotados de las mujeres de Occidente. Condena hasta «el vestido que se adapta bien y modela el cuerpo.»

Otra de las sorpresas que experimenta el viajero, es la de comprobar que ese conjunto de atenciones y cortesías del hombre hacia la mujer, que nosotros llamamos galantería, no se encuentra en el Japón. El marido no anda nunca con su mujer en la calle, por la razón de que juzga inconveniente dar muestra en público del lazo conyugal. Ello implica la confesión de un sentimiento personal, esto es, egoísta, y equivale á una confesión pública de debilidad moral.

El encanto de nuestra sociedad es la mujer; entre ellos, la familia está fundada, no sobre el amor de la esposa, sino sobre el deber hacia el padre, la madre y los abuelos.

¿Cuáles son los deberes de la mujer? Se resumen todos en dos palabras: anulación personal.

El campo de acción de la mujer está limitado al interior de la casa. Allí depende del padre, hermano, marido ó hijo. Desde su infancia se le ejercita en adquirir sobre sí misma un imperio sorprendente. Debe evitar toda manifestación de las emociones desagradables á otro; disimular la pena, el dolor, la cólera, bajo una alegre sonrisas y maneras graciosas.

A la edad de dieciséis años se la casa, sin que adquiera por este hecho un hogar propio; borrada de la lista familiar paterna, pasa á la de su nueva familia, cambia la autoridad materna por la de su suegra, y no es hasta la muerte de sus suegros sino una hija adoptiva, obligada á la sumisión más respetuosa.

Levantada la primera y acostada la última, la joven casada debe pensar en todo y servir á todos y estar pronta á recibir cortésmente los huéspedes de su marido ó de los padres. Es el ayuda de cámara de su esposo y la costurera en jefe de la casa; acompañándola siempre en sus menores acciones, en todo momento, su eterna sonrisa, sus candorosas y suaves maneras. Hasta la intrusión de una mujer extraña en el domicilio conyugal debe aceptarla con corteses reverencias.

Por otra parte, la ley tolera esos libres procederes del esposo, porque acuerda al Emperador doce «yelakés» y dos de estas esposas legítimas á los miembros de la nobleza.

Existe, sin embargo, el divorcio desde 1871; derecho ilusorio en verdad, en lo que concierne á la mujer.

Si usara de ese derecho, ¿cuáles serían sus medios de subsistencia?

Los recursos que ese país ofrece á las mujeres son tan pocos, que sería muy difícil que bastaran para el sostenimiento de una familia.

Hay además otro impedimento más prohibitivo aún: en caso de divorcio, la ley concede la posesión de los hijos al padre, por indigno que éste sea. Esta inicua condición da á un gran número de madres el valor de soportarlo todo, para no separarse de sus hijos; pues, si es cierto que no los acarician como lo hacen las mujeres del Occidente, su ternura hacia ellos no es por eso menos verdadera y profunda.

Nada es más admirable en la vida japonesa que la influencia de la madre sobre sus hijos, la tierna unión que reina entre ellos, la solicitud de que los rodea. El padre se ocupa poco de su prole; de manera que, en ese punto al menos, la mujer tiene acción, siempre que su suegra la deje en paz.

Permaneciendo la sola dueña de su interior doméstico, con el transcurso de los años verá á su vez la mujer converger hacia ella todos los agasajos.

Sus hijos han crecido. Poco á poco han ido reduciéndose á modestas proporciones los monumentales peinados que atraviesan grandes alfileres y coronan la bonita peineta de concha. Ya no se admiran en sus vestidos los vivos colores, las grandes sayas, ni los bellos dibujos; la brillante mariposa y el ave de los trópicos ceden el lugar al moreno gorrión y á la gris falena. La vejez se aproxima,

La mujer japonesa no la teme, antes bien la desea con vehemencia, porque entonces es cuando recibe el premio de su paciencia y puede reposar rodeada de cuidados, de consideración y de ternura. La vejez, en ese país, lleva consigo tales consideraciones y respetos, que se la espera como la recompensa suprema en esta vida.

No existe, pues, en el Japón, según se ve, el ideal femenino tal como lo han creado en Occidente el Cristianismo, el culto de la Virgen, la caballería y el Renacimiento. En su literatura no hay nada que se parezca á nuestra heroína por sentimiento, por la sencilla razón de que les es completamente desconocida.

El entusiasmo de los poetas se gasta en honor de las valientes esposas combatiendo con sus esposos, muriendo por ellos, madres modelos, hijas piadosas, sacrificándolo todo al deber.

Después de la exposición de tales ideas, no es de extrañar que los japoneses no puedan comprender nuestra vida social y nuestra literatura. Todo sistema social en que la piedad filial no es la base moral, en que los hijos dejan á sus padres para fundar familias propias; en que se considera no sólo natural, sino justo, amar á la esposa y al hijo más que á los autores de sus días; en que el matrimonio puede decidirse independientemente de la voluntad de los padres, por la inclinación recíproca de los mismos contrayentes; en el que la suegra no tiene derecho al servicio y obediencia de su nuera; todo sistema de esta naturaleza, repetimos, es en opinión de los japoneses un género de existencia poco superior al de los pájaros del aire, al de los animales de los campos.